



ALDEANA RUSA



EXCURSIÓN Y MISA CANTADA EN EL CRISTO DE LOS ANDES

Recuerdo imborrable habrá dejado en todos los excursionistas la ascensión a La Cumbre, realizada por un grupo numeroso de personas de las que veranean en Puente del Inca.

La jornada se hizo en dos etapas: en tren expreso hasta Las Cuevas, y en mula desde este punto hasta el lugar donde se alza el monumento del Cristo Redentor.

El viaje de Puente del Inca a Las Cuevas es delicioso. El tren asciende entre uno y otro punto cuatrocientos treinta metros, por un hermosísimo valle que forman dos elevadas cadenas de montañas, y por el cual corre, encajonado entre altas barrancas, el torrencioso Río Las Cuevas.

A la llegada a la estación de este nombre los turistas subieron en las mulas que se les tenía preparadas. Varias señoras de conocidas familias de Buenos Aires y Mendoza formaban parte de la excursión y dábanle extraordinario realce.

La ascensión se hizo sin contratiempo y los excursionistas, a medida que subían la empinada cuesta, veían renovarse el soberbio paisaje. Llegados a La Cumbre, se extasiaron en la contemplación del grandioso espectáculo que desde allí ofrece la cordillera, principalmente del lado chileno, en que se presenta abrupta y muy accidentada.

Se había llevado a lomo de mula un harmonium. El maestro Aguada y el violinista Bollarino ejecutaron el Himno Nacional, que cantaron todos los concurrentes, y el Himno Chileno, que fué entonado por la señorita Ana María Anasagasti.



Luego se ofició una misa, que el celebrante, Padre Juan Terracciano, dedicó a los caídos de la guerra. Fué un espectáculo imponente, al que dieron mayor solemnidad los armoniosos acordes del órgano.

Terminada la misa, iniciaron el descenso, igualmente sin contratiempo, y llegados a Las Cuevas tomaron asiento alrededor de una mesa en la que se sirvió un magnífico almuerzo

ofrecido por el señor Balbi, gerente del Hotel de Puente del Inca.

Poco después, se emprendió viaje de regreso. La mayor parte lo hizo en tren; pero no faltaron caballeros y señoritas que lo hicieran en mula, sin arredrarse por las tres leguas de distancia que era preciso recorrer al galope, para llegar al Hotel antes de la noche.

ANTONIO J. ARATA.

MAPLE

MUEBLES Y DECORACIONES

EXPOSICION DE
MUEBLES ANTIGUOS

NUESTRA COLECCION HA SIDO
SUMAMENTE AUMENTADA POR
LA LLEGADA DE EUROPA
DE VARIOS MUEBLES RAROS
Y CURIOSOS

658, SUIPACHA



FOTOGRAFÍA DE UN ESPEJO, RICAMENTE TALLADO, ESTILO «GEORGIAN». UN PAR DE ESTOS ESPEJOS, ESTÁN EN VISTA EN NUESTRAS GALERÍAS.

LA NAVIDAD EN UN HOSPITAL DE DESEMBARCO



CÓMO TRATAN A LOS HERIDOS EN LOS HOSPITALES DE NUEVA YORK.



COMO ME LIBRE DE LOS BARRILLOS

Los barrillos y puntos negros en el rostro fueron para mí, durante algunos años, motivo de tan tristes días, que muchas veces me vi imposibilitada de presentarme en sociedad por la persistencia con que tan repugnante molestia atacaba mi rostro. Pero luego encontré el stymol y fué tan rápido y lisonjero el resultado obtenido, que la felicidad de este acontecimiento hizo olvidar muy pronto los sufrimientos pasados. Trátase de un procedimiento tan sencillo como agradable; tan sólo son necesarias algunas tabletas de stymol que obtendrá en la farmacia y conservará bien tapadas en un lugar seco. Eche una tableta en un vaso con agua caliente y cuando haya cesado la efervescencia que se produce, lave abundantemente su rostro con el líquido, secándose por último, con una toalla blanda. El resultado le sorprenderá; todos los barrillos habrán quedado en la toalla y habrá desaparecido la grasitud para ofrecerle a su vista una cara aterciopelada, fresca y encantadora. A fin de que el resultado sea definitivo, repita la operación algunos días después.

¡La Belleza es un culto!

Y es la mujer la única que tiene obligación de cuidarla y mejorarla,

por Charlotte Rouvier

UN MARAVILLOSO SHAMPOO

He tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita, con el cabello tan bellamente aterciopelado, no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulos stallax en una taza de agua caliente. «Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina». «Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso, que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan.»

UN PROCEDIMIENTO SIN IGUAL PARA CONSERVAR LA BELLEZA

Como que he sido siempre muy interesada en todos los estudios científicos relacionados con la conservación de la belleza natural del cutis, me ha impresionado vivamente la popularidad siempre creciente del nuevo y sencillo procedimiento de «absorción».

Miles de mujeres emplean privadamente este procedimiento en sus hogares. Se basan sobre razonada teoría que me parece de buen criterio, es decir, que el cutis viejo y descolorido debe ser extirpado, máxime cuando la acción de los años, el uso de jabones cáusticos, cosméticos, etc., ha determinado manchas y arrugas en aquél. Dicha epidermis de mal aspecto, sólo sirve para ocultar la hermosa, vigorosa y fresca piel nueva que hay debajo y que espera ser relevada para exhibir su hermosura y lozanía.

Con este objeto, las mujeres aplican únicamente un poco de cera mercolizada, tal como puede obtenerse en cualquier farmacia importante, extendiéndola a modo de bold cream sobre el cutis. Tal procedimiento observado por espacio de algunas noches, determina la absorción completa

de la epidermis muerta y vieja. Cera mercolizada de buena calidad no es una substancia desagradable y los resultados inmediatos de este sencillo e ingenioso sistema son realmente sorprendentes.

Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax», impresa en azul.

EXTIRPACION COMPLETA DEL VELLO

Como quitarse de un modo permanente, no sólo temporalmente, el vello que desfigura la belleza, es cosa que muchas damas desean conocer. Es una lástima que no esté extendido más generalmente el conocimiento de que basta para el caso el uso de porlac puro pulverizado, de venta en todas las farmacias. Debe aplicarse directamente al pelo que se quiera hacer desaparecer. Este tratamiento se recomienda porque no sólo borra instantáneamente el vello sin dejar la menor señal, sino también porque mata por completo las raíces.

NO PONGA VD. CARA DE VIEJO

Las canas añaden años a nuestra persona. Las desventajas de teñirse el pelo son tantas, que no es necesario mencionárselas. Pocas personas saben que una sencilla receta al estilo de nuestros abuelos, que puede hacerse en casa, devuelve prontamente el color primitivo a las canas sin producir ningún daño al cabello. No hay más que comprar en la botica dos onzas de tammalite concentrada y mezclarlas con tres onzas de bay rum o espíritu de laurel. Con una esponjita se aplica la loción al cabello durante algunas noches y se conseguirá perfectamente el objeto deseado. Esta fórmula tan sencilla ha dado el mejor resultado a cuantos la conocían y usaban en las pasadas generaciones. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

Grandiosa Exposición Blanca



The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.

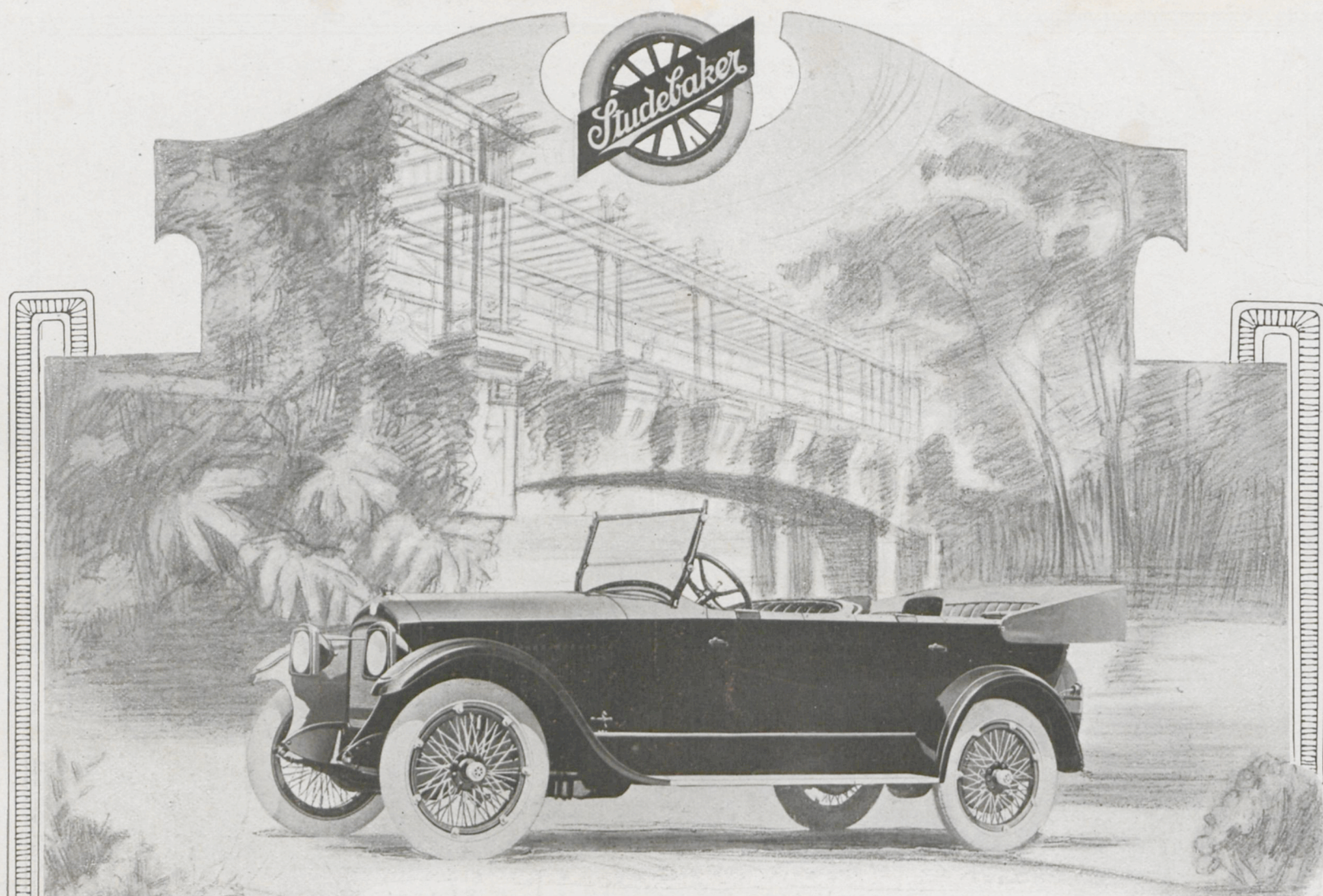
Anexo: Av. de Mayo,
Perú y Rivadavia...
Casa Central:
Florida y Cangallo.

AGENCIA EN MAR DEL PLATA:
RAMBLA Núms. 57 y 58
Unión Telefónica, 741 (Mar del Plata)

LA CLASICA VENTA BLANCA

CON PRECIOS EXCEPCIONALES

que Gath & Chaves realiza en su Anexo y Casa Central, difiere en absoluto de todas las precedentes. Los surtidos considerables como nunca; los modelos, ricos y distinguidos; la confección, prolija al extremo; y los precios excepcionales como no hay memoria, son otros tantos atractivos que lógicamente han sido y tienen que ser apreciados por el público que ve en ello una dedicación y un esfuerzo hasta ahora por nadie logrado y digno por consecuencia, de los mayores elogios. Quienes todavía no hayan visitado esta Exposición BLANCA, no pueden formarse idea de su suntuosidad y conveniencia.



La Nueva Serie 19
STUDEBAKER

*De líneas hermosas
Sumamente moderna
Mecánicamente perfecta*

Coche liviano de 4 cilindros
5 pasajeros - 35 H. P. - Distancia entre
los ejes, 112 pulgadas.

Coche liviano de 6 cilindros
5 pasajeros - 50 H. P. - Distancia entre
los ejes, 119 pulgadas.

Gran Coche de 6 cilindros
7 pasajeros - 60 H. P. - Distancia entre
los ejes, 126 pulgadas.

Pidan Catálogos "A"

EL auto STUDEBAKER liviano de 6 cilindros de la Nueva Serie 19, es un coche para 5 pasajeros, muy espacioso, potente y de andar extraordinariamente suave. Es el coche ideal para la familia. Su poco peso, gran duración, escaso consumo de nafta y economía de neumáticos hacen de él uno de los coches livianos de 6 cilindros, más convenientes que existen en plaza. Su elegante silueta está reproducida al pie, a la derecha, de este aviso.

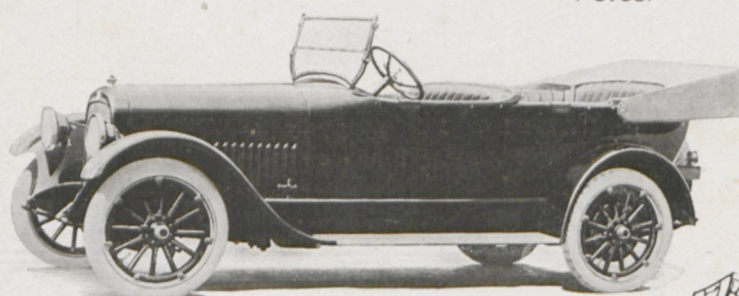
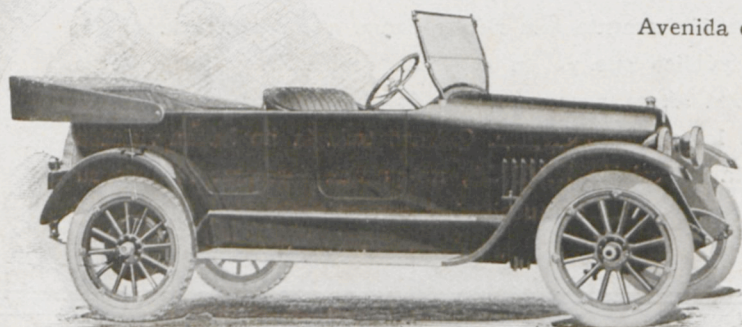
Hay también en la Nueva Serie 19 STUDEBAKER, un coche liviano de 4 cilindros, para turismo, de excepcional calidad y sorprendente modicidad en el precio; y un gran coche nuevo de seis cilindros, también para turismo, de impresionante belleza y perfectamente equipado, con capacidad para 7 pasajeros. La fotografía de este coche es la que ilustra la cabecera de esta página.

La prueba de 60.000 kilómetros a que han estado sometidos los modelos originales de cada coche por los caminos de los Estados Unidos y Canadá, continuamente barridos por los vientos, y por la pista de carreras de Chicago azotada por la nevasca, ha demostrado la excelencia mecánica de los nuevos autos STUDEBAKER y su sólida construcción.

La calidad STUDEBAKER, que predomina desde hace 66 años, está reflejada en estos coches.

The Studebaker Corporation of America

Avenida de Mayo, 1235 - BUENOS AIRES - Unión Telefónica, 5935, Libertad





SALIENDO DEL BAÑO

PASTEL DE ALONSO.

Renacimiento del arte indígena



ALFREDO GUIDO Y JOSÉ GERVINO, EN SU ESTUDIO.



de los estilos ideados por la vieja civilización aborígen.

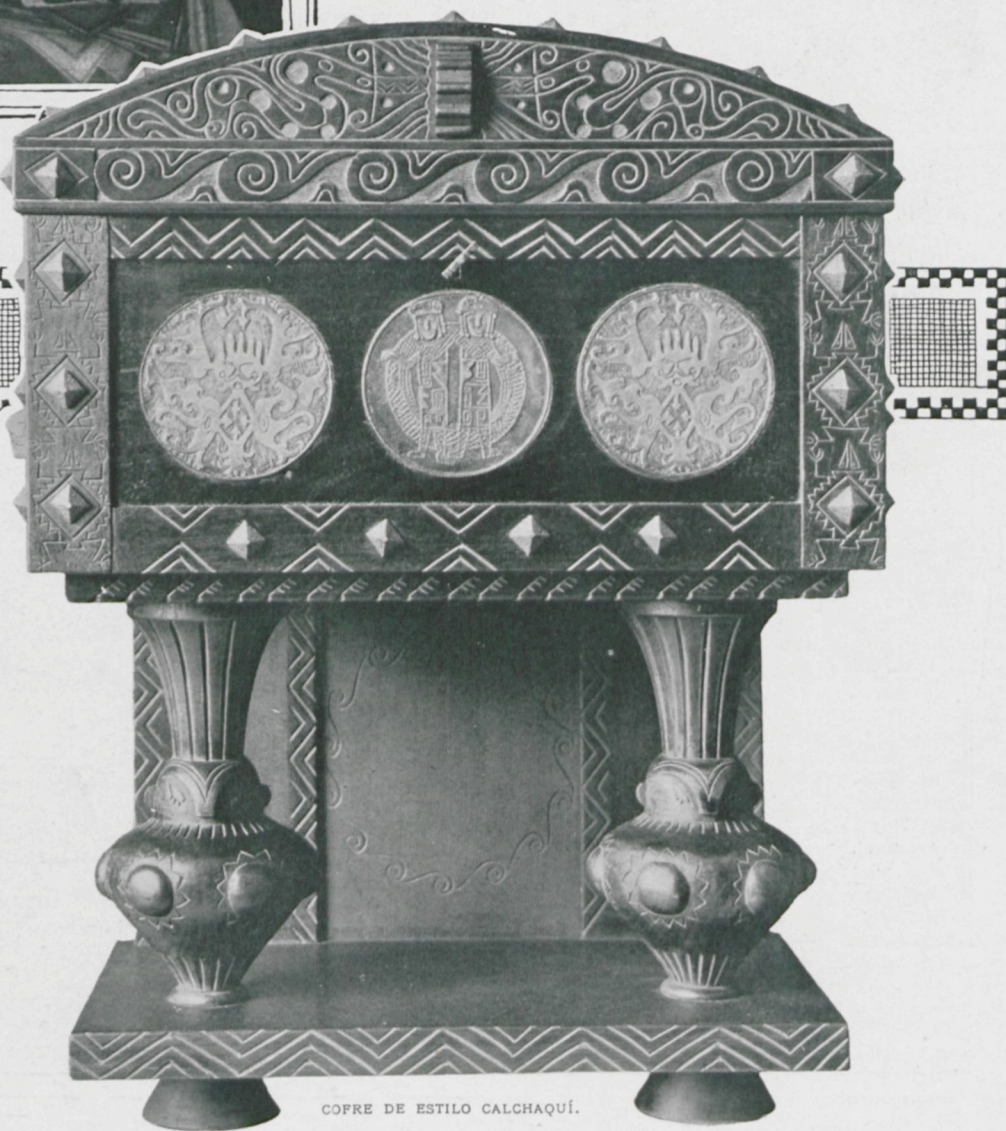
Una prueba manifiesta de la sabiduría con que han sabido armonizar y componer los dispersos motivos existentes, adaptándolos a su elevada tendencia renovadora, son los artísticos proyectos de decoración mural, inspirados siempre en modelos ornamentales autóctonos; principalmente el entonado en negro, con dibujos draconianos y de ritmo ondulante, destácase sobre los cinco restantes por la expresiva fuerza del color y las líneas, esencialmente estilizadas con un profundo hieratismo geométrico. Otro, inspirado en las bellas labores características de los tejidos del Norte, representa el pájaro de fuego, símbolo de una rara leyenda de superstición y fatalismo.

En cuanto al número y variedad de urnas, yuros, huacos, nipos y demás especies de alfarería americana, basados casi totalmente en el estilo calchaquí, puede decirse que resultan de una perfección admirable, abarcando por su forma y decoración los tres principales periodos que se desarrollan en las provincias del noroeste argentino.

Al primero de estos periodos corresponden los vasos de ornamentación draconiana, en parte pintados y grabados con severas y simétricas formas lineales, que se destinaban generalmente a ritos y usos funerarios.

El segundo periodo es el que se refiere al estilo pre-incaico, acaso el más típico y original de todos, con sus dibujos simétricos alternados con espacios de líneas paralelas y verticales, en negro y blanco, que resaltan armoniosamente sobre el fondo ocre de la piedra.

El tercero es incaico por definición y se transforma en el estilo zoomorfo, observándose en los modelos de esta época,



COPRE DE ESTILO CALCHAQUI.

La hermosa colección de cerámica y muebles de estilo calchaquí, presentada por Guido y Gervino en la exposición de artes decorativas celebrada en fecha reciente, no sólo ha motivado el legítimo y justo elogio de la crítica, que ha sabido justipreciar en su verdadera significación el meritorio esfuerzo de los dos jóvenes artistas rosarinos, sino que además ha servido como ejemplo, acaso el más eficaz que pudiera elegirse, para difundir y hacer que se conozca la belleza ornamental y simbólica del autóctono arte precolombiano.

Basta fijar un poco la atención en el hermoso conjunto de las obras, para llegar al convencimiento de que sus autores han logrado penetrar hondamente en la lógica de la composición decorativa, en el ritmo exacto de las formas y en el extraño misterio de los símbolos y divinidades antropo-zoomorfas de la mitología calchaquí, cuyo origen desconocido fúndese en la nebulosa complejidad de primitivas y remotas edades.

Tanto en los modelos de alfarería americana, como en los distintos muebles presentados, adviértese que Guido y Gervino se han unido en un común propósito de renovación decorativa, más digno de tenerse en consideración, no tanto por el mérito de la obra como por haber sido ellos los primeros en emprender esta plausible iniciativa, que tiende ante todo al resurgimiento y desarrollo



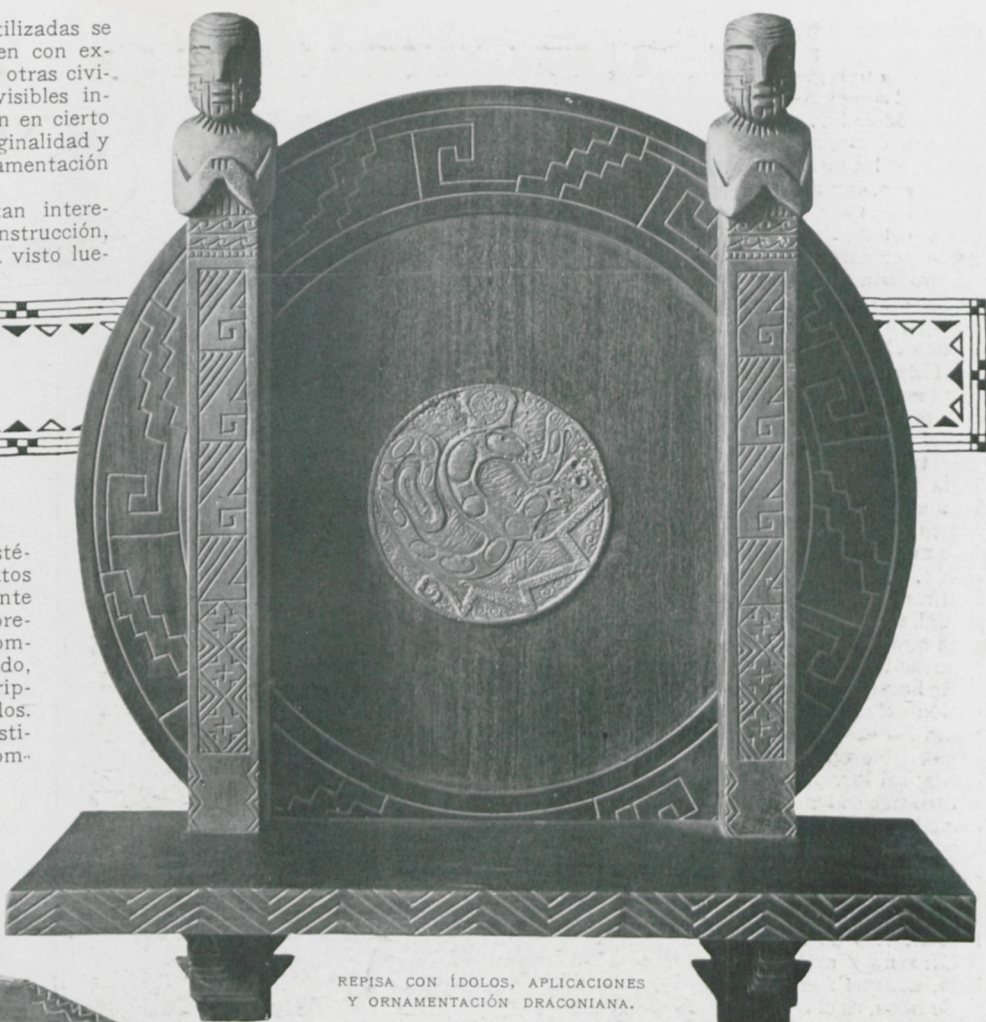
que las figuras estilizadas se repiten y confunden con extraños símbolos de otras civilizaciones, cuyas visibles influencias desvirtúan en cierto modo la arcaica originalidad y forma de la ornamentación primitiva.

Al emprender tan interesante obra de reconstrucción, basada como se ha visto lue-

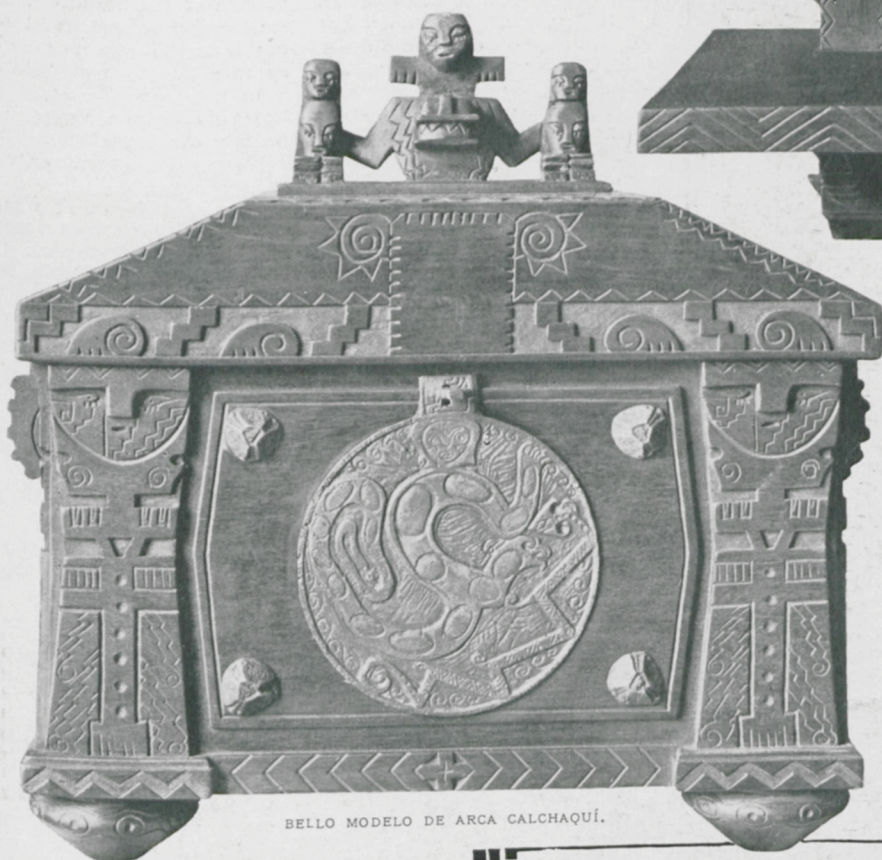


go en un principio de patriotismo y de sana orientación estética, el pintor Alfredo Guido y el escultor José Gervino, dotados de una privilegiada ductilidad artística, tuvieron necesariamente que ahondar en el conocimiento científico de la arqueología precolombiana, debidamente clasificada y estudiada ya por hombres tan eminentes como Ameghino, Oyarzún, Lafone Quevedo, Ambrosetti, y algunos más, que nos sugieren en sabias descripciones la importancia de aquellos pueblos antiguos y olvidados.

La ornamentación geométrica, base y eje de los grandes estilos, es también la base del arte calchaquí, como es fácil de com-



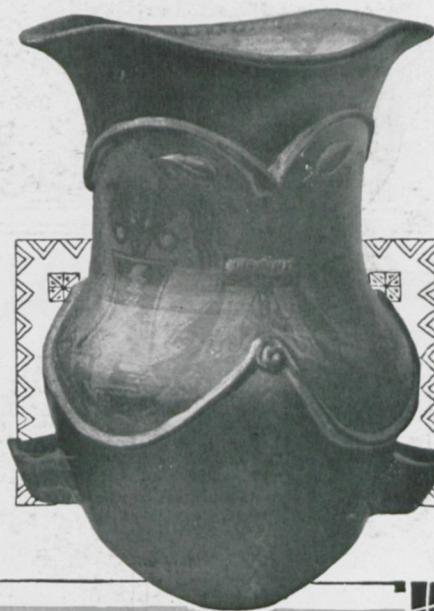
REPISA CON ÍDOLOS, APLICACIONES Y ORNAMENTACIÓN DRACONIANA.



BELLO MODELO DE ARCA CALCHAQUI.

bre de interpretar por medio de símbolos todo aquello que les sorprende o sugiere, que ampliando la forma fundamental del estilo con nuevas composiciones y dibujos donde se emplean las líneas escalonadas o simétricas, alternándolas con figuras monstruosas de serpientes, dragones, ídolos y animales sagrados, logran constituir un arte único, pleno de conciencia emotiva, sujeto a reglas y lleno todo él de un insuperable lirismo geométrico.

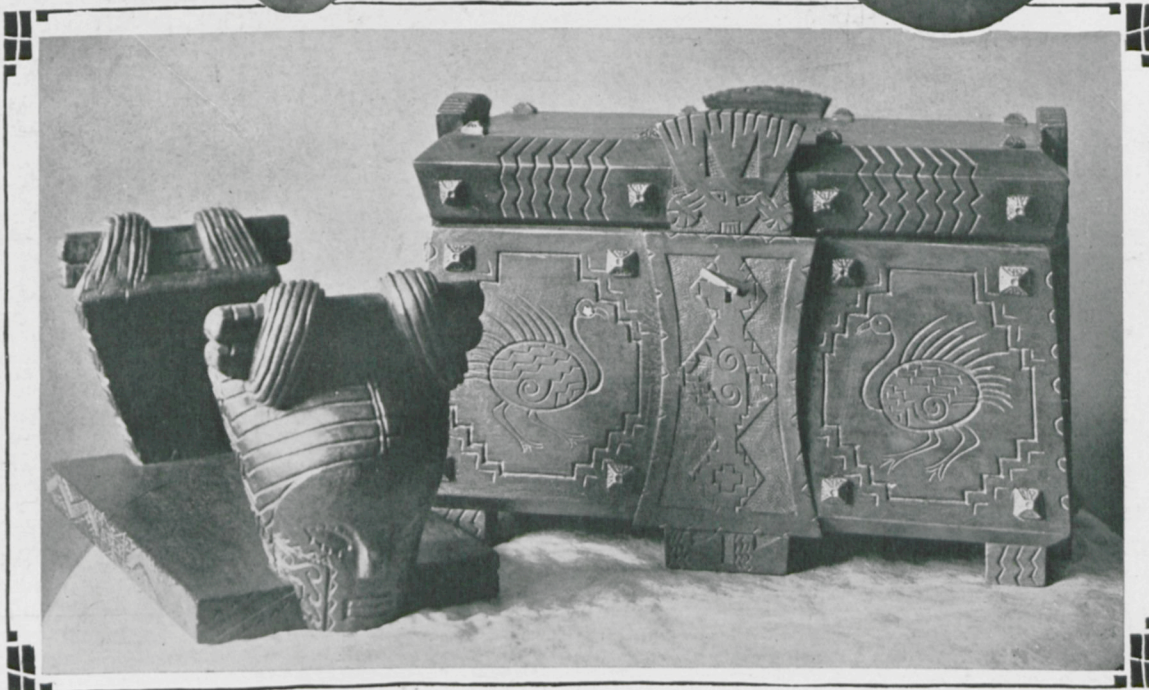
El proceso de evolución se detuvo y empezó a declinar con la lle-



probar con los numerosos objetos existentes, reliquias y fragmentos de un incalculable valor arqueológico, encontrados en los departamentos de Guachipá, Tafi Viejo, Cayafate y Santa María de Catamarca, lugares donde habitaba esta famosa tribu perteneciente a la gran raza de los Diaguitas.

Como sucede a todos los pueblos de la antigüedad, el calchaquí inicia también la formación de su arte característico interpretando la naturaleza, germen de toda creación maravillosa, compendio de la humana existencia y punto intermedio entre el infinito y el hombre.

Las creencias religiosas, fundadas en el misterioso y temible poder de los elementos naturales, llegan a ser fuente inagotable de inspiración para el artista, el cual, sin otra enseñanza que la del pensamiento y el instinto, va interpretando en forma originalmente subjetiva los propios sentimientos, derivados según la índole de sus temores, impulsos y necesidades. Por ejemplo, la falta de agua en los valles y altiplanicies sedientas de las montañas, originan la implantación de cultos para atraer la lluvia benéfica que les asegure el bienestar y la abundancia; y de tal modo llega a desarrollarse entre ellos la costum-



PORTALIBROS Y COFRE, DECORADOS CON FIGURAS SIMBÓLICAS.

gada de los conquistadores hispanos, que al obligarlos primero a una guerra defensiva y al someterlos después, por razón de ley, a su autoridad y poderío, acabaron por desterrar los usos del pueblo sojuzgado, empezando a perder el estilo sus formas típicas y originales hasta olvidarse por completo.

Pero como el arte es el testimonio más inconfundible que señala la existencia de una civilización extinguida, todo cuanto se haga hoy por resucitar el arte calchaquí tendrá indudablemente su compensación en el éxito, por tratarse de una obra bella y genuinamente americana.

Los ocho pequeños muebles presentados en la exposición, por cuyo conjunto han merecido sus autores la medalla de oro, nos demuestran que ha sido francamente resuelto el loable propósito de hacer extensiva la aplicación del estilo calchaquí, a todos los objetos de uso indispensable en la casa moderna; así lo vemos contemplando uno de los cofres, preciosamente decorado con dibujos y ornamentación característica, cuyos medallones de bronce copian amuletos para el amor y símbolos invocatorios de la lluvia.

Otro muy artístico también, aunque menos elegante de línea, es el que aparece sostenido por columnas derivadas de la estilización arquitectónica de un yuro cal-

bellezas ornamentales, y que al ser aplicadas con habilidad a las artes industriales y decorativas podría crearse un estilo básico inconfundible y netamente nacional, sin mezcla extranjera y llamado a tener grandes proyecciones en la arquitectura y en el vasto campo de la decoración. Solamente observándolo en este último aspecto, es suficiente para cerciorarse de que los anónimos artistas que lo crearon y lo hicieron evolucionar tenían una intuición notable del ritmo musical de las líneas, del equilibrio y lógica de la composición, de la alternancia, del dibujo, de la repetición y de tantos otros problemas ornamentales.

La famosa simbología de los calchaquíes, cuya representación más importante es el dios Catequil, símbolo del sol y del fuego, puede considerarse como el principal y el más indispensable elemento decorativo del arte que nos ocupa, pues diferenciándose de la ornamentación moderna que es sólo sensorial, la calchaquí es sensorio-intelectual y a la vez nos encanta a los ojos con sus líneas, colores y formas, nos habla al espíritu con sus símbolos y oraciones.

En síntesis, no es aventurado afirmar, en vista del éxito alcanzado, que los ar-



ARCA DEL MISMO ESTILO CON DECORACIÓN SERPENTIFORME Y APLICACIONES DE BRONCE REPUNTO. EL MEDALLÓN CENTRAL, COLOCADO EN LA CERRADURA, REPRODUCE UN AMULETO PARA EL BUEN AMOR, Y LOS DOS LATERALES, CON ADORNOS DE SIERPES ENROSCADAS, SON SÍMBOLOS INVOCATORIOS DE LA LLUVIA.

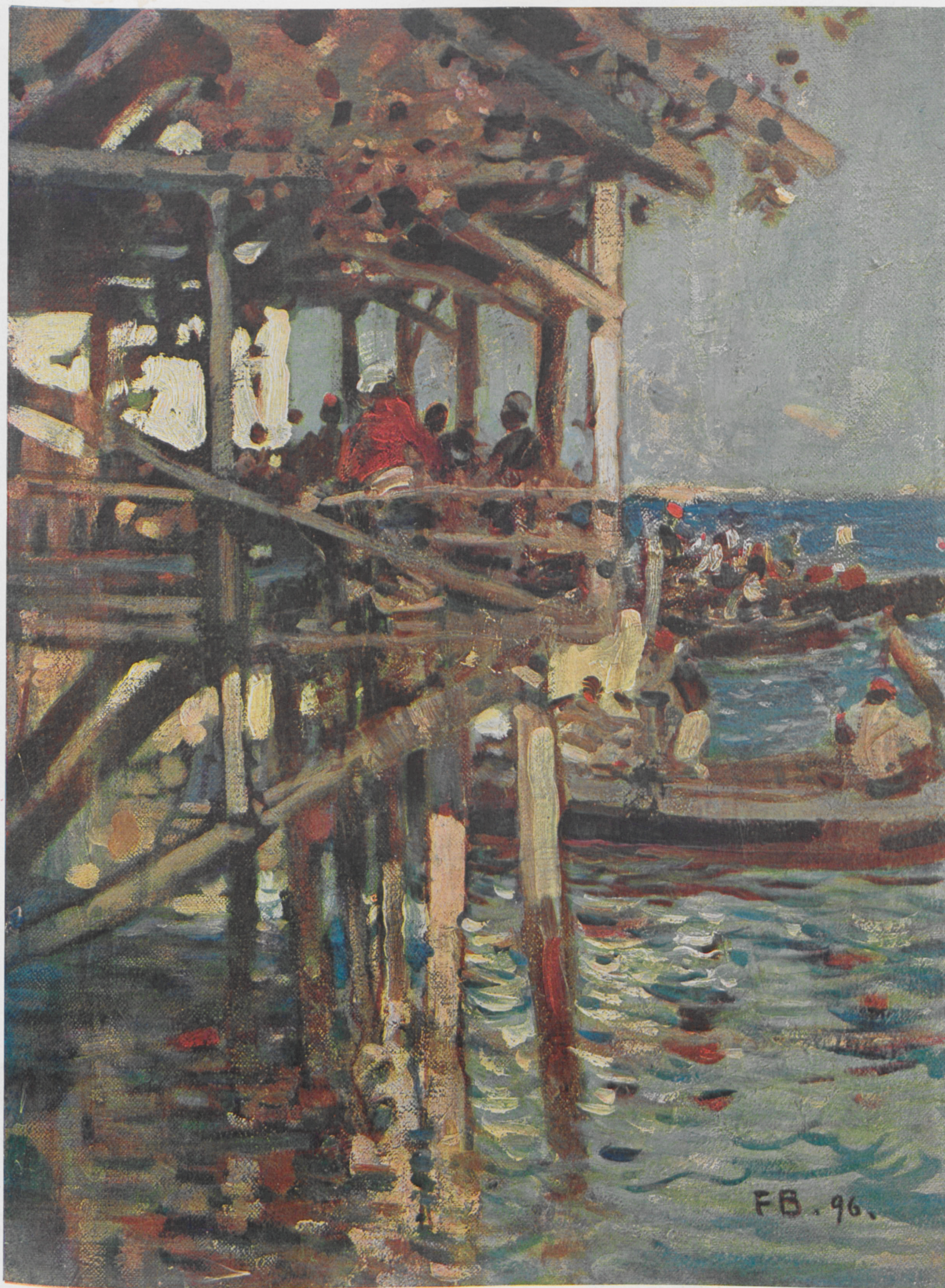


chaquí - antropomorfo. Igualmente interesantes son los portalibros y bandejas, con decoración draconiana y serpentiforme, destacándose entre todos los modelos un cofre coronado por la Trinidad india de la Tanga-Tanga, modelada en bronce y llevando en la parte del frente un relieve ovalado con la representación simbólica del temido dios Catequil. Estos muebles, verdaderas creaciones originales, basados en los motivos autóctonos americanos, afirman la creencia de que el bello arte calchaquí es fuente inagotable de

tistas Guido y Gervino han conseguido despertar el interés de todos con su feliz iniciativa, tendiente a hacer resurgir de nuevo el autóctono arte precolombiano, que por su lógica singular y característica está llamado a servir de base a los artistas argentinos, para la formación de un estilo propio y eminentemente nacional, puesto que en él está sintéticamente representada la sobria y desolada vida de los campos americanos y el ritmo musical de las canciones incásicas.

ANTONIO
PÉREZ-VALIENTE.

PORTALIBROS Y FUENTE DE MADERA TALLADA, CON APLICACIÓN EN BRONCE REPRESENTANDO EL DIOS CATEQUIL.



EL EMBARCADERO

BOCETO AL ÓLEO DE FRANK BRANGWYN.

PROPIEDAD DEL SEÑOR MARTIN S. NOEL.



La fiesta del río

El Balneario Municipal ha permitido a los habitantes de Buenos Aires hacer un descubrimiento extraordinario. Buenos Aires tiene río, ese viejo Río de la Plata que sólo conocen los que viajan al extranjero porque lo atraviesan en vapor. Nosotros ya no lo conocíamos. Recordábamos su existencia a través de los cantares patrióticos y a través de lo que nos contaban los porteños de otro tiempo, que evocaban, en medio de la metrópoli actual, con su puerto atestado y sus dársenas enormes, la visión preterita del Estuario, con su olaje blando, su playa inacabable, hollada por los areneros, sus pasos conocidos por donde entraba el bienvenido inmigrante, hato al hombro, a horcajadas sobre el cargador descalzo, dispuesto a tragar con los ojos dilatados el nuevo horizonte del nuevo país, promesa de la fortuna soñada. Pero, a medida se conquistaba esa fortuna y crecía con ella, tumultuosa y grandiosa, la capital de todos, el río se fué retirando, como si huyera, conforme a su ley, hacia el mar distante, hasta desaparecer detrás de una hilera de toscos edificios y de rudos galpones en que vibra la forja heroica del trabajo común. No lo vimos más desde entonces. Advertíamos únicamente, en los paseos dominicales o en las huelgas del colegio, mientras seguíamos a la locomotora del manisero, los cajones de agua turbia en que dormitan los grandes barcos, tendida verticalmente la cadena del áncora, como si hubieran echado raíces de hierro. Nunca estaba presente el río, en su amplitud magnífica, para que nos dé, con el lomo levantado en la distancia, la sensación, un poco triste, del infinito y nos exacerbe con el deseo de lo ignoto, con el afán de la aventura, que embarga como un aroma depresivo y hace recordar, cuando se retorna a casa, canciones olvidadas hacía mucho...

Síntesis de los emporios atlánticos de este lado del continente, constructor de la grandeza argentina y generador de la potencia centralizadora y cernidora de Buenos Aires, el río había desaparecido convirtiéndonos en gente mediterránea, sustraída al sortilegio de su inmensidad por el muro implacable de la ribera, poblada de colosales arañas de acero que extienden sus antenas ingeniosas, para dejar caer al fondo de las

bodegas la riqueza íntegra, el sudor total de la república. El río no estaba. ¿Por qué instaron su pérdida rápida los cuidadores de la ciudad? Afanosos de multiplicar esa riqueza, ávidos de que la actividad del puerto resuma las actividades todas de la población, sin conocimiento de lo dulce que es agregar al espectáculo de la fatiga colectiva el paisaje movible del río abierto, que en las horas de asueto y en los días de reposo permita a la muchedumbre aprender de su extensidad lecciones de ánimo y de su paz crepuscular ejemplos de sosiego, alejaron tanto, escondieron tanto de nuestra vista, se fueron tanto margen afuera con la máquina y con el monstruo de portland, que no nos quedaban de su esplendor sino los vahos de bruma en las tardes calientes y ruidos bárbaros en la jornada perpetua.

Jamás se vengaba el río. La ofensa del tráfico interminable no perturbaba su serenidad augusta. Acogedor y cordial, reflejaba invariablemente el

cielo dorado, las auroras encendidas, los graves ocasos, para anegar en esa luz vibrante y profunda, iluminándole la esperanza, al de buena voluntad que viene a vivir con nosotros. Ahora se abrió la brecha en medio de la aglomeración portuaria, a fin de que volvámos al río y lo contemplemos en su antigua majestad. Complicados jardines, caminos prolijos y retiros placenteros nos acercan de nuevo para que oigamos en las noches la voz familiar del Plata. Lo hemos recobrado inesperadamente y lo celebramos con fiestas populares en las cuales, al recrearnos y al inundar el alma con la luna extendida hasta muy lejos, pensamos en el milagro nuestro, el milagro argentino, ese buque de oscuras bordas que sigue viniendo, como vino aquella vez remota la carabela inmortal, en busca de la tierra desconocida.

ALBERTO GERCHUNOFF.

DIBUJO DE FORTUNY.



Los que después de admirar en las tablas los talentos proteicos de Ermete Novelli, le conocimos en la intimidad de su vida y su persona, podremos borrar difícilmente de nuestros recuerdos teatrales esta eminentísima figura de la escena italiana, que acaba de desaparecer.

Mucho se ha escrito sobre las interpretaciones de Novelli, pero falta aún mucho por escribir. Cuando apareció en el Plata produjo fanatismos, hizo olvidar a las mismas eminencias que le habían antecedido. Traía dentro de la escuela realista, que apenas se iniciaba, y de la cual la Duse nos había hecho vislumbrar las nuevas verdades en la «Dama de las Camelias» principalmente, un bagaje enteramente personal, propio, libre de academicismos y de reticencias didácticas. Cuando llegaba a la más alta eficacia dramática en «Papá Lebonard», como cuando nos hacía estallar de risa en «Mia moglie non ha chic», su labor era tan sincera y espontánea como la naturaleza misma.

Yo me atrevo a decir que él culminó la influencia del arte teatral italiano entre nosotros. Durante treinta años se habían sucedido dueños y señores de la escena argentina, los conjuntos dramáticos italianos reemplazando a las compañías españolas que durante la colonia y las primeras décadas de la Independencia monopolizaron los espectadores. Y fueron intérpretes de «la talla de Salvini», ambos Rossi, la Ristori, la Pezzana, la Tesserio, la Duse, la Boetti, Valvassura, Maggi, Andó, Pasta, y otros tantos astros, quienes componían aquel estado mayor de la declamación itálica, que nos hizo conocer con sus fases múltiples todas las escuelas y todos los géneros en los más admirables repertorios de dos siglos.

El teatro italiano educó aquí el gusto público y estimuló la afición. Era ésta su misión en Europa desde el siglo XVIII. Francia aprendió en su escuela y con sus artistas, España recogió en él saludables enseñanzas, hasta tener incorporada a su escena una comedia como la Civil.

¿Seríamos nosotros temerarios en afirmar que los primeros ensayos del actual teatro nacional se alimentaron en aquella fuente poderosa de genio que anualmente nos enviaba la madre Italia con generosa y solícita fraternidad? Es el caso que entre los iniciadores de nuestro teatro, los mejores actores eran italianos o hijos de éstos. Battaglia, que sobresalía, fué admirador de Novelli, discípulo de sus enseñanzas, recitaba a maravilla sus monólogos, reprodujo algunas de sus interpretaciones. Y Battaglia fué el primer verdadero jalón de un teatro nacional con vistas al arte verdadero.

He ahí, pues, definida para nosotros, una valiosa faz, un ilustre aspecto de la tarea de Novelli en la Argentina. Queríamos decir esta verdad como el mejor elogio criollo que sirva de epitafio al eximio maestro cuya pérdida llora el arte universal. Era nuestro amigo, admirador de la potencia del país, entusiasta de nuestros progresos. Un día un ilustrado diplomático argentino le oía en su camarín de Roma hablar de la Argentina y el Brasil con aquella sorpresa, que se pintaba en su cálida expresión y en sus grandes ojos expresivos y elocuentes. El diplomático le dijo, agradecido, por toda respuesta:

— Amigo Novelli, sería usted el mejor agente de inmigración que podían pagar nuestros gobiernos.

Rara vez se obtiene en una personalidad de teatro este singular desdoblamiento: que sea grande como intérprete y que esté lejos del nivel vulgar como individuo. El arte teatral está hecho de intuiciones en gran parte — por lo que a los cómicos se refiere — de intuiciones, de vocación impulsiva y absorbente. Y siendo una carrera más prác-

tica que teórica, a menudo los artistas llegan al renombre sin haberse cultivado individualmente. Sería ocioso que yo adujera ejemplos para probar que tal actor, tal cantante extraordinarios, que a veces nos deslumbran por sus poderosas facultades, que son un prodigio de delicadeza, de gracia y de finura, fuera del palco escénico disputarían al más caracterizado mozo de cordel su torpeza, su grosería y su analfabetismo.

Novelli constituía a estos respectos una honrosísima excepción. Era el erudito comentarista del teatro que representaba. Aquellos autores que merecen ser penetrados en sus intenciones más recónditas, los que han aportado alguna evolución a la escena, o marcaron una huella apreciable — él los había explorado, con ojo de crítico experto, y con lente de psicólogo. Sabía más de ellos que cualquier enciclopedia. Esta preparación singular le permitió abordar a su vez la literatura teatral y cuando lo hizo no se contentó con el trabajo de costumbres, o con la mera observación social, quiso penetrar en la historia y lo realizó con mano segura en una pieza de la España caballeresca que le era perfectamente conocida como el idioma de Lope.

Sus grandes triunfos de Buenos Aires estuvieron marcados por una página excepcional en su carrera y suficiente para consagrarle sin rival en el arte. Se midió con Coquelin en un formidable duelo artístico. Si no le excedía en la nota cómica interpretando a Molière o a Labiche o Hennequin, tampoco le cedía terreno. Pero un día se anunció que los dos representarían «Un drama nuevo» de Tamayo y la opinión se dividió en dos apasionados campos para apreciar a los grandes comediantes que entraban así en el género dramático. Nosotros, con nuestra misma preponderancia de raza, preferimos al Yorick italiano que se reveló

un coloso. Los rivales se conocieron y se trataron aquí en tierra de Buenos Aires y se rindieron mutuo pleito homenaje.

Años después, Novelli visitaba a París en visita de reposo. Fué invitado a tomar parte en una fiesta de *Le Figaro* y recitó en ella un monólogo. Al día siguiente, Sarcey, que no le conocía, habló de su talento con entusiasmo y declaró que aquel artista era, sin duda, un «mimo» extraordinario. ¿Cómo se llamaba? El no había oído nunca resonar su nombre. Coquelin escribió inmediatamente al crítico haciéndole saber que *Le Figaro* había hospedado al actor más genial de Italia a quien él consideraba sin competidor en la escena contemporánea. ¡Magnífico gesto fraternal del insigne colega, que tocó las fibras exquisitas de Novelli. Poco después presentándose en la escena parisién, Novelli obtenía inmarcesibles lauros!

Ermete Novelli, no sabemos por qué, amaba últimamente sobre todo repertorio, las obras truculentas. Este *penchant* de los postreros años, le indujo a abordar la tragedia. Y lo hizo en la América del Sud. Debutó en

el género con el «Nerón» de Cossa, en Montevideo. Su ensayo no fué satisfactorio. No es que careciera de la comprensión del papel, ni le faltasen fuerzas para llegar a la nota cálida de la violencia. Es que la transición era demasiado fuerte y tomó de nuevas al público habituado principalmente a considerarle el rey del *vaudeville*. Los convencionalismos trágicos no conve-

nían, evidentemente, a su voz ni a su gesto que sabía, sin embargo, llegar otras veces a la verdad dramática expresándola con realidad sincera.

La noche de su «Nerón», los rugidos del Emperador que huye cobardemente de sus perseguidores, arrancaron más que pavor risas en las alturas del teatro. Novelli detuvo la representación y vagó por sus labios una imprecación que no llegó a formularse. Poco después lo visitamos en el escenario y lo encontramos terriblemente impresionado por aquella irrespetuosa explosión de los espectadores.

— ¿Qué me dice usted de esos ignorantes? — nos preguntó.

Nos atrevimos a explicarle en qué consistía el fenómeno, apaciguando un tanto su ira, pero sin lograr que se apease del propósito. Días después se presentaba en «Otello». Pero tampoco Shakespeare que le daba una bella ocasión de triunfar en «La bisbetica domada», le proporcionó una victoria con la desgracia conyugal del moro de Venecia.

Es tarea difícil convencer al talento de sus errores. Al partir para Italia, la última vez que nos visitó, quiso rendirnos una prueba de su afecto.

¿Por qué no me escribe una obra, nos preguntó, y nos la manda a Italia? La representaré el próximo invierno.

— ¿De qué género, Novelli?

— ¡Si pudiera hacerle algo semejante a «Alleluja»!

— No, amigo mío; un drama fuerte, vigoroso, vibrante; quiero que sea un drama... Aquí hay ambiente.

Por mucho que nos halagase el benevolente pedido del actor no osamos arriesgarnos.

Su desaparición aun temprana, pues que trabajó hasta hace pocos meses con el mismo amor a su arte que en el vigor de la juventud, nos llena de dolorosa melancolía. Se va con él una fuerza eficiente del arte universal, un maestro, un genio extraordinario que Italia aun no había logrado reemplazar.

ACERCA DE NOVELLI POR ALFREDO DUHAU



Los veraneantes

por *Hu*



A Mar del Plata va el que figura,



... y el que quiere figurar.



En Necochea, es otra cosa; gente tranquila y de paz.



Hay quien prefiere la estancia.



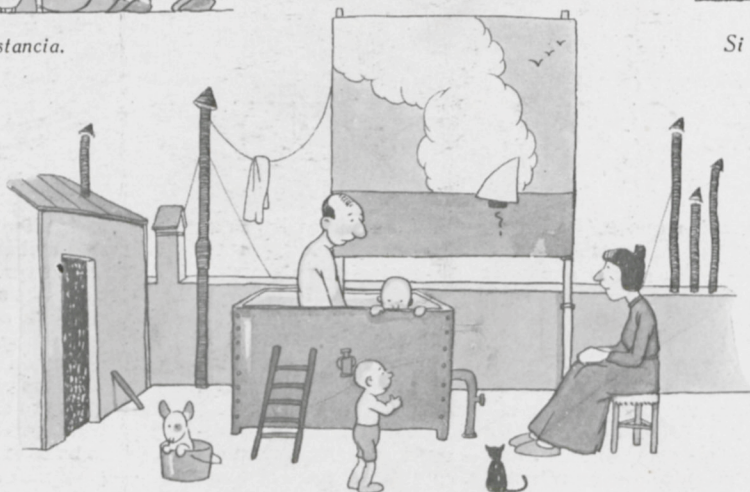
Otros la 5.ª; todo va en gustos.



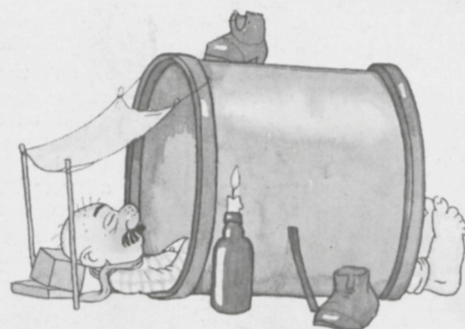
Si el viento no viene, hay que ir hacia el viento.



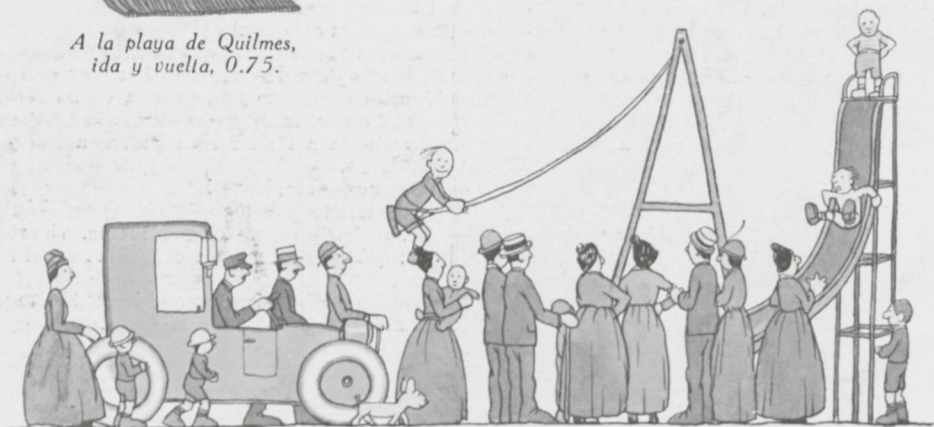
A la playa de Quilmes, ida y vuelta, 0.75.



El veraneo con "camouflage" tiene sus adeptos, y con algún ingenio puede disfrutarse en ciertas azoteas.



Casa con dos puertas...



Aire fresco y agua "limpia" en el Balneario Municipal.



... pero, ¡ajo con la ropa!



Una víctima de la página y del calor.

PÁGINAS HUMORÍSTICAS



CONCURRENTES A MAR DEL PLATA

«PARA DEJAR CONSTANCIA»



GOUACHE DE HUERGO.



La misma raza

Yo dije que sí: que conocía a maravilla los trabajos pastoriles de esos «écuyers» de la alta escuela gaucha. Y lo sostuve con toda la hambrienta inmodestia del hombre que busca empleo. Yo quería matar mi apetito, un terrible apetito de venganza.

Tanto hice que, por fin, pasó a mis manos la fotografía con la orden de comentarla, de glosarla. Al pie de un fotograbado mi pluma iba a gustar el placer de los dioses.

Pero me arrepentí a tiempo, porque soy oportunamente generoso.

Para esclarecer estas líneas, debo contar los agravios que estuvieron a punto de sumergirme en los abismos de la calumnia y de la injuria.

Yo soy patriota andaluz. El andaluz patriota, que no tiene siquiera el consuelo remoto de una autonomía, es la antítesis viviente del Judío Errante. «¡Descansa, descansa, descansa!», le grita la universal opinión, y el andaluz haraganea, en tanto que los viñedos, los trigales y los olivares se cultivan merced a la generación espontánea, y todos los frutos de Andalucía, fruta del mundo, amontonan sobre los «docks» del puerto de Jauja. Un cotidiano milagro del pan y de los peces en unas perpetuas bodas de Caná, eso resulta el país donde se atan con longaniza los «perros chicos» y las «perras grandes».

Hijo de padres castellanos, yo soy criollo andaluz. Por eso, mi amor a la patria chica que casi estuvo a punto de no verme nacer, tiene grandes exageraciones. En el libro del viajero más observador y fiel, advierte mi patriotismo mentiras, insultos y calumnias. En las alabanzas del turista mejor intencionado sorprendo frases irritantes. Sólo reconozco a mis paisanos, y a los españoles que merecerían

ser andaluces, el derecho de exagerar y mentir acerca de nuestros usos y abusos.

¿Cómo quieres, lector argentino, que mi corazón no clame venganza, cuando muchos de tus compatriotas escriben y hablan, al divino botón, de cosas de la Tierra de María Santísima?

Yo recuerdo descripciones de corridas en las que la fiesta española además de bárbara resultaba disparatada. Y no hablemos de los bailes, las serenatas, las borracheras y otros excesos descriptivos.

Así, perdona, que al ver la fotografía que a la vista tienes, yo sintiera el deseo de pintar una escenita gaucha. Sin trabajo alguno, asistido por mi valerosa ignorancia, me habría cobrado con creces el más burdo de los relatos taurinos hecho en el país. Pero me arrepentí a tiempo, porque soy oportunamente generoso.

Hay cinco horas escasas de diferencia entre el sol de los labriegos y artesanos andaluces y el sol de los peones y obreros argentinos, ambos imperiosos y madrugadores capataces. Lo que nadie puede calcular es la diferencia que media entre las lunas de los ociosos de la Bética y del Plata.

Cuando en las dehesas de la llanura sevillana sestean ya los bravos toros de lidia, bajo la vigilancia de los vaqueros, los jinetes de la pampa inician sus labores. Duro es el trabajo en las dos partes, regateada la recompensa, árida la vida, limitado el horizonte espiritual, ilimitado el horizonte terreno.

Allí se pastorean toros aptos para un combate; acá, mansas reses de matadero y de frigorífico que durante cuatro espantosos años fortalecieron marciales estómagos. De ese modo, por ley fatal, la ardiente sangre y la nutritiva carne sirve para alimentar inútiles luchas.

No sé si la civilización ha llevado a las ganaderías andaluzas nuevos métodos de crianza y trabajo. Todo es posible, porque la economía política sabe meterse donde menos la llaman. Quizás, anden a estas horas ensayando procedimientos ahorradores de espacio y de plata. Si tal cosa sucede, el vaquero andaluz, el gaucho de las dehesas vive sus últimos instantes.

El alambre de púa, los administradores ingleses y otros aparatos limitan la libre acción de los vaqueros argentinos. Todos los poetas y prosistas estamos de acuerdo en que el gaucho desaparece. Ya no hay haciendas misturadas que apartar, ya, por medio de trampas y tablones, las reses caen rápidamente en manos del matarife.

Pronto llegará el día en que un muchacho sea capaz de pastorear miles de cornúpetos, sentado a la sombra de un ombú («sub tégmine ombi») y tocando al bandoleón el tango de moda.

Y vendrán otros hombres, otros jinetes, y una nueva leyenda, forjada con verdades y mentiras, adornará a los nuevos héroes del trabajo. Y alguna vez, las viejas lanzas de los gauchos de Güemes, y las antiguas garrochas de los vaqueros de Bailén, volverán a hincarse en el pecho de los valientes y en las espaldas cobardes.

Propios y extraños, indígenas y viajeros, en libros y en conversaciones, dedicarán entonces como ahora, a juzgar ligeramente pueblos entrevistados y usos complicados.

De ese modo, por ley fatal del prejuicio y la ignorancia, todo ha de alimentar inútiles luchas.

RAUL P. OSORIO.



LA RODADA

La rueda de peones, bruñida en perfiles bastos por la claridad del fogón, establece como una corona viva al viejo. Caduco y rugoso, su cara remeda un nido fosco, disforme, enzarzado por la breña de barbas y cabellos ásperos, en el fondo del cual lucen sus ojos como dos huevos de pájaro.

Es pajón. Rústico mentor que satura perpetuamente las imaginaciones de hazañas fabulosas. Fundamentando, a través de lo remoto, su carácter desuso, en el rol de los ascendientes.

—He andao de ocasiones mal en esta vida... Puf...

—¿De ropa? —chancea a la sordina uno.

—Ni por tarjas cuento las hechas a la justicia.

¿Se cren qu'el caldo es grasa y la taza cucharón? Me les acostumbraba de mozo golpear la boca a la partida, y campo ajuera sólo las estrellas endilgaban mis paraderos. ¡Era un vicio! Conozco toíta la pampa como la palma e la mano, dende la cabeza e los montes grandes hasta el pie mismo e la cordillera.

—Si no'es mentira ai ser cierto.

—Di'ande reales...

Disimuladamente, desentume entonces una piera chueca, atributo infalible de sus ascendientes. Y repasa como para sí sus memorias. Sin parar en los comentarios chuscos y cantos de la rueda, seguro del aprecio fiel escondido bajo las aparentes contradicciones.

—Aura, ansina e la verdá, tamos medios bichocos. Boliaros como chingolos. Dende que me quebró la rodada... Cuando uno llega a viejo, se l'enjaretan las disgracias como gusanera en cuero d'epidemia estaqueao a l'intemperie...

—No arrugue.

—Oigalé...

—¡Pero tuavía puede que algún día resucite el broto de abajo de las raíces, y sepa todo lo viviente que abarca la mirada'el sol, quien es Pajón viejo aquí y ande quiera!

—¡Ah, tigre!

—¡Cola larga!

—Una vez pelié...

Y va a abordar la rememoración crónica de la hazaña, cuando entra Inocencia, la hija mayor del antiguo capataz de la estancia, viudo de muchos años. Infundiendo, desde su donosura pesada, en la sospecha instintiva que se apunta en todos, un silencio confuso. El hijo joven del patrón, que fuera tal como para fluir sus dogmas universitarios, asiduo a las sobreceñas del fogón, falta, ahora. Se ha ido otra vez a la ciudad.

Sobre los 16 años de la muchacha, se transparenta perceptibles, por influjo espiritual, los secretos fatales... Hay en sus ojos un reflejo de vacío, en su aspecto una desbaratación de ilusiones... La ven sin mirarla, cristianamente, la sienten dañados. Y ella, sin saber, sin pensarlo, en la atmósfera suspensa, solicita inadvertidamente con su voz apagada y embalsamante:

—Cuenta un cuento, Pajón.

Y Pajón alza la cara fosca, complotada de sombra, escrutándola como desde el fondo de la naturaleza. Los huevos de los ojos, dentro el nido de barbas ásperas, asumen una extraordinaria, mutua, equivalencia providencial de sentimientos. Y narra el cuento positivo de la rodada.

—No me quisiera acordar, m'hija... Jué en tiempo que los campos florecen, y a la oración cuando el cielo se nos mestura con l'alma. Yo iba en el zaino fino, cortando campo y cantando,

casi a media rienda deslumbrado l'entendimiento, olvidao de yo, como pa dir del tirón hasta la fin del mundo... Y enderremente se m'hizo ovillo, se me perdió d'entre las pier-nas. ¡Mi madre, rodada fiera! Me tapó entero. Y con el golpe, al hilo mismo, sentí crujirme l'esqueleto; jese crujido mortal que se juye de la vida al rayar contra los alientos de la sipultura! Me había quebrado, este caracú... La noche enterita la pasé al raso, gritando a ratos, ma ver si me oiba algún viviente que me socorriese. Y pu'allá, qué sé yo, vean lo que son los misterios, ¿no? Pu'allá... sentía mis propios gritos como si se astillasen, o que otro me respondiera igualito, de muy lejo, de quien sabe onde... ¿Quién m'iba responder? Naide... Naide...

Los ojos de la muchacha se agrandan, experimentan infinita la sensación del desamparo; suponen dos sentidos de asombro prontos a desplomarse expiatorios en la propia conciencia. Los peones, cargados de escuchar relación tan sabida, o por deuda piadosa, van puerteando uno a uno con el sueño en los párpados y el desentono en el ánimo, hacia el galpón, difuso en la noche.

—Ansina son las rodadas, traicioneras y desgraciadoras. Parao cualesquiera sale, sí, cualesquiera; corriendo y a las risadas adelante, si la disconfianza o la sospecha le secretea a tiempo. Pero cuando se va cantando, con el cielo entero en el corazón, por campo comparao a la mano propia de liso y seguro, y se da güelta

como la suerte e taba el montao de toda nuestra fe ciega... Ah, entonces no hay parador. Si parece qu'es la misma tierra que nos faltara abajo de golpe, que la vida se nos desparramara d'entre las manos hecha hilachas de humo... A los viejos nos quiebra los güesos una rodada ansina, ja los inocentes, pior, les quiebra l'alma!

Finaliza sus palabras con un acento rudo de quebranto, de lástima, de perdón. Nadie extraño queda ya en la cocina. Y la muchacha, en la soledad auspiciosa, como en el chal de la madre muerta que parece patentizarse en la noche magnánima, rompe en sollozos sobre los ecos del relato, implorando a la obscuridad.

—¡Mama! ¡Mama!

Pajón, ante la queja íntima, aquel otro crujido mortal, infeliz, ridículo, la ampara en su abrazo bendito.

—Güeno, criatura... ¡Llore aura! Criatura, criatura...

El capataz entra en ese momento, imprevistamente, sorprendiéndose de la escena. Y Pajón, de golpe, brusco, vuelve ante él al predominio de los ascendientes, contestando a su ansiedad, refrenada la manifestación en la falla fatal de su pierna.

—Ha rodado. ¡Le han quebrao l'alma!

—¡Rodao! ¿Cuándo, cómo? ¡M'hijita!

Silencio... Llanto... Opresión de corazones... La noche parece realmente que empuja su obscuridad besando las frentes abatidas. Y el nido de la cara del mentor, con los huevos de los ojos lacerados de pena bruta y humana, se doblega, trémulo sobre el fuego que muere, en un estrago de sentimientos, de justicia, de ignorancia...

ALBINO DARDO LÓPEZ.

DIBUJO DE ZAVATTARO.



LA POMPA

Ser una cola de oro y pedrería
Y un brutal grito azul... y en su apogeo,
Sentir arder en él, como el deseo,
Todos los ojos con que admira el día.

Glorificar ante el amor sumiso,
La belleza total, perfecta y sola.
Presentir que en su grito y en su cola
Desgaja un árbol de oro el Paraíso.

LA RUEDA

Crujiente crispadura de oro vivo
Dilata en su lujuria esplendorosa
Un viso de sutil flámula rosa
Sobre el deslumbramiento convulsivo.

En penacho de estrellas, su hondo anhelo
Abre al amor irresistible estuche.
Y en la turgencia del ansioso buche,
Profundo fuego azul inflama el cielo.

EL ORGULLO

Y todo él no es más que oro, oro, esmeralda,
Y oro otra vez, y vívidos cianuros,
Que, ya apaga en relámpagos oscuros,
Ya en espasmos flamígeros escalda.

Fuego de oro, no más. De cuando en cuando,
Parece que lo atiza con las alas,
Y que en la cruel soberbia de sus galas,
Dos cuchillos de cobre está afilando.

LA AURORA

Anticipando al sol, la ardiente rueda
Alza en el prado, porque más resalte,
En un prodigio de ilusorio esmalte,
La ilusión prodigiosa de su seda.

Maravillada así, su audaz derroche
Aturde al día, y pone, en lento giro,
Pestañas de oro al lóbrego zafiro
De los ojos tardíos de la noche.

LA TARDE

El cielo funde ya su piedra fina
En el horno del sol, que tras del monte,
Va esmaltando el metal del horizonte
Con los más bellos cromos de su mina.

Mordido de color en cada poro,
Friega de oro el metal su pulimento,
Y exorbita hasta el cénit un violento
Pavo real verde delirado en oro.

LA NOCHE

Desmaya el campo en la blandura inerme
De la noche feliz. Sobre el paisaje
Serenamente azul, en su plumaje
De torvo pavo real la sombra duerme.

Y hacia las blandas playas del olvido,
Vuelca la Vía Láctea su tesoro,
Como la gigantesca cola de oro
De algún profundo pavo real dormido.

avos
reales

from
Leonardo
Lugones

Mar del Plata

La hora del baño



MOMENTOS DE ALEGRÍA.



LA RUEDA.

En los días invernales, Mar del Plata es una ciudad sin atractivos. El vendaval azota con violencia sus largas y solitarias calles; gimen los vientos al dar en el paredón de la Rambla, chocan fuertemente sobre el frente de los modernos edificios, y su eco se une al bramido ronco de las tempestades marinas. Nadie dijera entonces que esta desolada ciudad es durante una época del año el centro de los placeres y del lujo. Pero llega diciembre, y el milagro de la transformación se realiza. Cada tren que sale de Buenos Aires conduce una avalancha de gente desocupada y andariega. Abrense los lindos chalets de la Loma, los hoteles cosmopolitas, los clubs, los centros deportivos, los casinos donde se juega y se derrocha...

Iniciada la estación de verano, nadie piensa ya en otra cosa que no sea divertirse; y desde ese momento las horas resultan demasiado breves para asistir al tenis, al golf, a las fiestas de todas las clases... Se sale a pasear por la Rambla, y la fotografía y el flirt parecen consecuencias obligadas de la salida. La casualidad hace que se imponga un deporte cualquiera o un atavío sin im-

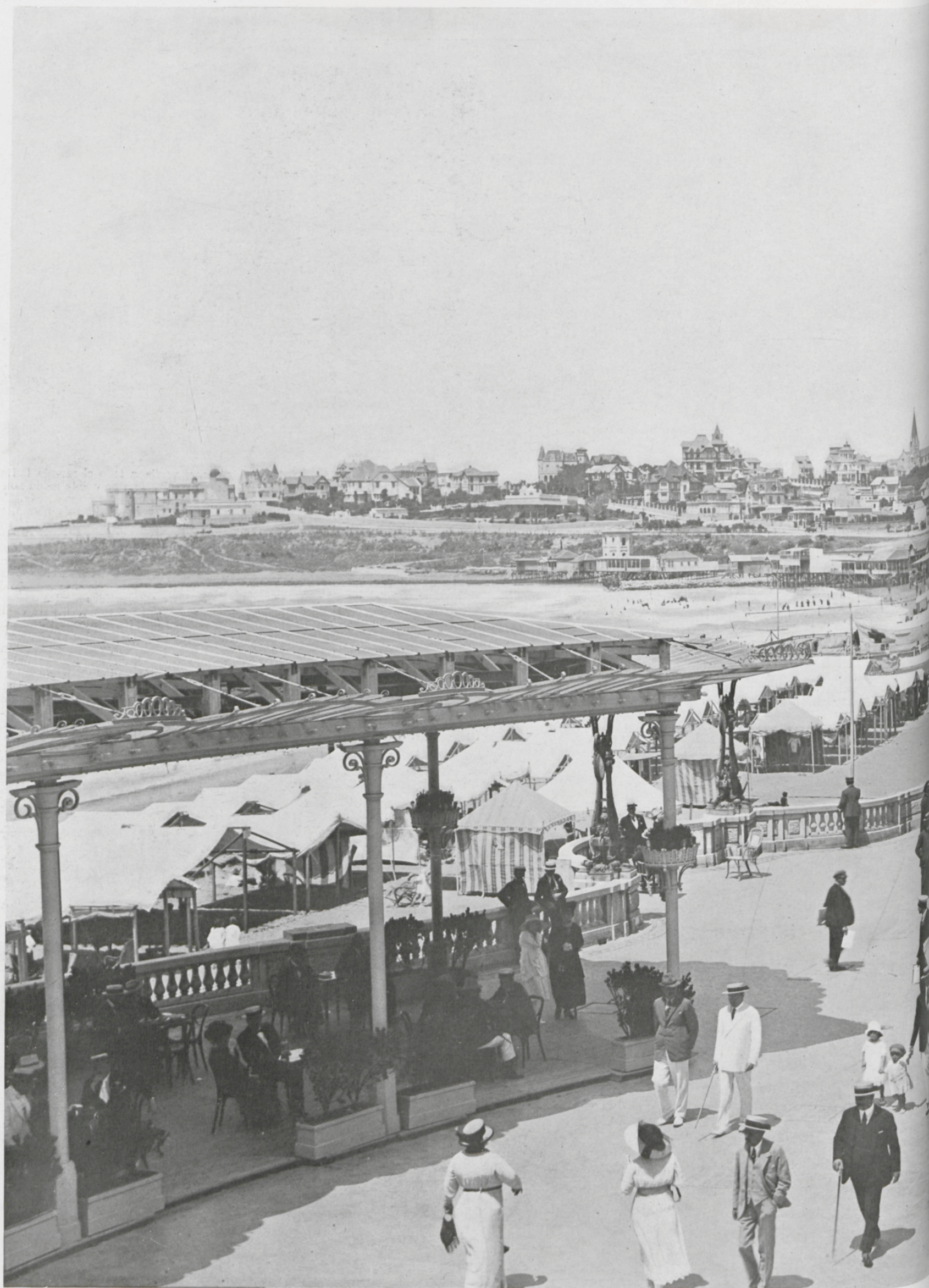
portancia, y veréis a todo el mundo imitarlo o adoptarlo sin discusión, porque la moda no es elegante discutirla, se acepta o no se acepta.

Desde diciembre hasta fines de marzo, puede considerarse a Mar del Plata como la ciudad de la sonrisa. Todo en ella es optimista y alegre. Mujeres elegantes, con siluetas y ademanes de figurín neoyorquino, lucen modelos costosos firmados por Worth o por Doeillet. Hasta el escenario de la playa misma, con su público heterogéneo de bañistas y curiosos entretenidos resulta un pretexto más para lucir las ricas toilettes, para exhibirse, para dar expansión a los lujosos refinamientos del gran mundo. Así, entre frívolas diversiones y frivolidades transcendentales, van pasando semanas y semanas, hasta que los ligeros fríos otoñales marcan el término obligado del veraneo fácil y agradable. Es entonces cuando se dispone el retorno definitivo, complicado siempre con el mismo tumulto amenazador de pintorescos equipajes, en cuyo fondo, archivo de pasajeras dichas, van galas y vestidos que ridiculizará la moda futura.

Y entretanto la playa va quedando sola...



ESPERANDO LA SALIDA DE LOS BAÑISTAS.



Mar del Plata



La hora de la Rambla



El bar
del Plata



La hora
de la pesca





ARTE ARGENTINO

CRUZANDO LA LOMA

ÓLEO DE FERNANDO FADER.





PATIO DE UNA CASA COLONIAL EN CUBA

Fotografía de Gonzalez Garaño.



APOLOIZAR

POR

EDUARDO
ACEVEDO
DIAZ

AL PORTA IVAN TABOR...

No se usa tanto de la lira como en otro tiempo. No me refiero al instrumento simbólico del poeta. Aludo a las combinaciones métricas así llamadas. Pero, si no se riman con frecuencia las liras de cinco, o de seis versos, en cambio se abusa siempre de la lira, propiamente dicha; siendo de extrañar que un vocablo nuevo, como el de «liromanía» no haya sido introducido en el léxico para calificar el exceso, ya que se hizo uso de la voz lirismo para otro extremo criticable.

Muy raro es el que no se crea nacido para el cultivo de lo bello en verso. Todos quieren manejar el plectro, herir la cítara o la lira, y a fe que muchos «hieren» ésta o aquélla de verdad. La ficción poética del plectro se transforma para ellos en una batuta tangible y cierta, cuando no en un batutín chino, sin fijarse que la rima y el ritmo entran en pelea «no obedeciendo en el turbado canto — la cuerda al plectro ni la voz al canto», como dijo un maestro en estrofas.

Es una especie de mal romántico de juventud. Cada cerebro que empieza a chispear anhela el desahogo en forma métrica por instinto sexual, a manera del pájaro que azuza en su gargantilla el don de atraer a su compañera en la época del celo.

Algunos alados sin plumaje pintoresco, por el contrario, bien opaco y deslucido, lanzan arpegios o trinos tan deliciosos, que en breves instantes les improvisan auditorios selectos, y aun cortes de alto coturno como en los juegos florales, con la diferencia de que para esos cantores la «rosa natural» es la más seductora de las reinas que le rodean en lo oculto del bosque. Son líricos de privilegio.

Otros a su vez, enseñan galas deslumbrantes, remos de reflejo tornasol, cuellos arqueados y pe-

nachos de señorío. Sin embargo, cuando cantan ahuyentan a la grey que se ha acercado curiosa para admirar sus lujos de oropel. Les está vedado engolfarse en dulces y amables armonías.

Sin ser ellos: considérense reunidos en un trazo de la selva mixtos, benteveos, gorriones y cotorras en bizarra confusión y en ejercicio sus órganos vocales, y se tendrá un remedo fiel de la poetambra que «en invierno se emboza con la lira».

La «liromanía» tiene diversas fases risueñas, pero también una grave; y es la de que algunos se creen indignos de la gracia femenina si no producen un adónico siquiera que llegue a cautivar a la dama desdénfosa. Cuando todo pende de un dátilo y de un espondeo, ocurre así que la facultad no alcanza y la creída inspiración se ofusca. ¿Qué hacer en trance tan amargo para correr el verso? Correr el verso es tarea difícil para el que no está al habla con la musa. ¡Lástima grande! Una cesta de plata llena de magníficas orquídeas de las aromadas podría suplir. Pero eso no sería más que un símbolo del adónico entrelazado con sáficos. Hay que atacar el verso con valentía. Y el joven aspirante a poeta estudia, se afana, se abisma en hondas pesquisas, buscando una fluidez codiciable y una corrección exigible, sin que el estro le ampare ni el oído responda. No obstante, se encapricha; otros lo consiguen sin esfuerzo; son alabados, sonreídos, preferidos; la musa ha de soplar, pues que se trata de un voto ferviente con relieves de bello y de sublime. Y al fin, en pos de noches en vela y de vuelos mentales, de enmiendas y remiendos y sudores del alma, el vate «apoloiza» y desprende de su espíritu una larga inspiración, semejante a una de esas guías de flores de papel o hilo que un jugador de manos extrae del fondo de un sombrero de felpa con asombro del público de feria.

¡Tan arduo suele ser fundir tonos exquisitos, propios de los grandes rimadores!

En la poesía lírica se ven muchos de esos casos. Los versos para el canto de ideas o de afectos, conservan siempre estrecho parentesco con los demás del género, antes de que el sello original, personalísimo del autor, que en el empeño de dársele a su poesía, rebusca, urde y violenta el estro si lo tiene hasta ensañarse con el buen gusto y la estética delicada. Rehuyendo la imitación, suele caerse en la extravagancia o en lo insípido.

Poetizar, es hacer fluir armonías del espíritu con encantadora naturalidad.

Hay ingenios preclaros en el arte mayor; como hay inspiradas en el nimen de Safo.

Los que abordan el alto poema son contados; y en corta proporción quienes hacen cabalgar un verso sobre otro con deleitable maestría. Pero, en cambio, los más glosan en demasía las mismas emociones. Cuando una de esas emociones es nueva, ignota, rara, algo como un flúido imponderable que sirve al espíritu de puente entre la belleza plástica y la belleza ideal, cabe decir que la nota supera a la más extensa del canto si hubiese gama en la poética.

El cerebro ha dado entonces como expresión artística de la belleza, algo de obscuro para muchos, y de lumínico para pocos: especie de lirios cárdenos que espiran perfumes desconocidos al común de las gentes. Lo que quería fuesen sus estrofas Mallarmé, el codicioso insaciable del secreto, el ávido de soñados ecos no perceptibles para el mundo. También Verlaine. Aunque el hada verde fuese el medium escogido para la cita con la musa, preciso es reconocer que este artificio para excitar la célula a abismarse fuera de fronteras, les era propicio, como lo es el lenticular al explorador de los cielos. Lo mismo a Darío. Poco importaba para estos singulares entes de la poética el sacrificio pleno de la salud, con tal de descubrir un signo leve del «quid divinum».

Y por ese camino tantos van, y han de seguir!...

Los puramente líricos, los que endechan, los que se ordenan en plañideros no se despojan de lo humano, al punto de cabalgar en la fantasía hasta lo «incognoscible y maravilloso». Sus vuelos son más cortos. El *nunca más* de Poe les señala el límite.

El hada verde indicó a Poe como mejor medium al cuervo lúgubre. Saber el porqué, la razón, la causa del infinito, era mucho. Se llega al extremo verosímil de lo «contingente y relativo». *Nunca más!*...

No extrañe usted estas cosas.

Se me ocurren en presencia de la multitud de versos que por todas partes aparecen y se reparten a modo de boletines de un «espíritu joven y creador», ajeno al viejo espíritu, para explicarme más claro; y no a los muy contados poetas que aquí y acullá salpican de vez en cuando con claridades vivas del cielo de la literatura como gérme-

nes de estrellas que se esfuerzan por escapar a la nebulosa y esplendor con luz propia. Con lo que digo, que no es fácil hacerse sol, aunque sea sol de fantasía.

Para ajustarse a la métrica y a la trova, a la poesía ligera, hay muchos bien dispuestos. Para alcanzar el ideal helénico, que nunca hemos llegado a comprender en toda su plenitud, según el filósofo alemán que no respetaba fronteras; y complementar aquel ideal incomparable, son rarísimos, y como tales, intérpretes de jeroglíficos divinos. Citar alguno, aunque exista, sería exponerse a un error, aunque error sincero. El cuervo saldría gritando: *nunca más!*

Y aunque así no fuera: en los magníficos arrebatos del aëda de genio el pensamiento escolla, porque no halla el vocablo. Pues si el léxico no da el medio — se dijo más de uno — echemos mano al símbolo. Alrededor del símbolo, haremos el bordado de lo ignoto y de lo inexpresable como clave extrahumana del misterio. Pero, el cuervo bisbisa con aire sardónico: no, *nunca más!* La belleza ideal, en forma y alma, la suspiró en vano el hada verde. Apesar de ello, se obstina.

La poesía ligera moderna puede hacer de las plantas un Diego de noche, un ombligo de Venus, como la antigua hacía un laurel de Dafne, y anémonas de las lágrimas de la diosa del amor; en esto nada de nuevo; ni en lo épico, ni en lo idílico, ni en lo pindárico, ni en lo trágico. Se admiran a Goethe en el poema, a Shakespeare en el drama, a Hugo en lo lírico; y bien admirados. Se estudia con ellos el corazón humano en sus más hondos ideales y pasiones.

Fuera de duda, que el dolor es fuente fecunda de la poesía. El dolor moral, cuando existe afinidad entre él y un sentimiento venerable o una idea excelsa, vibra en el verso como flecha de sol; se adivina en la escultura correcta; se destaca en la cara de un cristo pincelado por artista de genio.

Pero es necesario sentirlo de verdad. Para el que lo simula o inventa, Erato se muestra fría y muda. Habrá verso, pero no poesía, pues que no existe emoción real, o sea un estado del alma que no puede ser suplido por la imaginación. Erato era para el clásico helénico la sencillez genuina; y el dolor cuando inspiraba, debía diluirse en la sencillez de la estrofa, al punto de que en su recitación o canto repercutiera en el oyente como si él mismo lo sintiese.

En el fondo, pues, la poesía no ha cambiado; lo que ha cambiado es la forma. Como se ha dicho, ya de escuelas literarias, ya de laudes nuevos, todo es cuestión de «moda». Y las «modas» pasan, sin que por eso se transformen o modifiquen sustancialmente los organismos que las adoptan.

Respecto a usted, me permito aconsejarle que no tome muy en serio ciertos asuntos del arte. Haga usted versos; pero así... como en bromal. No es que sean malos sus versos. No... Nada de eso!... Apoloice usted por distracción de espíritu, pues esto muchas veces evita que él se encamine por entusiasmos excesivos al boquerón del sur en vez de orientarse hacia el sol azul de la Lyra. ¡Travesuras del propio ingenio! Sino, recuerde usted lo que en una hora de buen humor y de alegría sana, escribió el infortunado bardo Acuña, que sabía de lógica superior y de alta poesía:

Yo, a lo menos por mi, protesto y juro — que si alirme trepando en la escalera — que a la gloria encamina — la gloria me dijera — sube que aquí te espera — lo que tanto te halaga y te fascina — y a la vez una chica me gritara — baje usted que lo aguado aquí en la esquina, — lo juro, lo protesto y lo repito — si sucediera semejante historia — a riesgo de pasar por un bendito — primero iba a la esquina que a la gloria — porque será muy tonto — cambiar una corona por un beso. — Mas como yo de sabio no presumo, — me atengo a lo que soy, de carne y hueso — y prefiero los besos y no el humo — que al fin, al fin, la gloria no es más que eso.

Buenos Aires, XII, 1918.

DIBUJO DE SIRIO.



—PLUS ULTRA—

LAS TOILETTES DE PICHULA EN MAR DEL PLATA



*De mañana,
el kimono.*



Traje tailleur, para misa.



En la playa.



*El paseo en
la Rambla.*



Para el golf.



*El tango en el
Ocean-Club.*



*Para la comida
en el Bristol.*



En el cine.



Al recogerse para el descanso.

Recordando a Darío



DE IZQUIERDA A DERECHA: OSVALDO BAZIL, CÓNsul DOMINICANO EN BARCELONA Y POETA. PEDRO FERRER GIBERT, PERIODISTA MALLORQUÍN. AGUSTÍN BANQUÉ. JUAN SUREDA, ESCRITOR. SENTADOS: LA PINTORA DOÑA PILAR MONTANER DE SUREDA Y RUBÉN DARÍO.



CASA SUREDA EN VALDEMOSA. ESCALERA PRINCIPAL DE SANTA MARÍA.

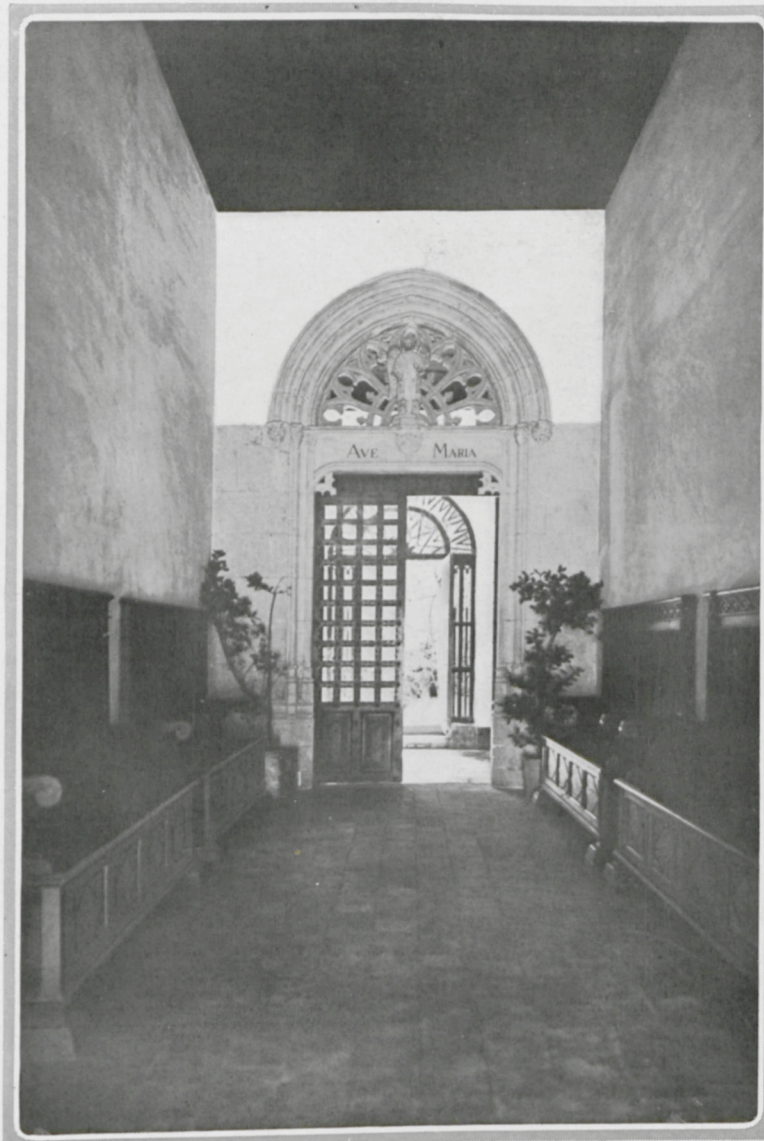


OLEDADES floridas de Valldemosa donde Darío fué a sus soledades; y volvió de sus soledades; casa hospitalaria de Sureda, ¡reavivad los recuerdos del maestro!

En esa cama antigua de los huéspedes ilustres, entre cuatro columnas salomónicas y bajo un dosel de brocada tela, reposó el corpachón de Darío. Allí, en el trasnochar yacente, a la luz de una vela, leía el maestro la vida de un maestro que él eligió para recibir lecciones de paz consoladora. Y mientras gustaba la vida de San Bruno relatada en francés, quizás la mano izquierda de Darío acariciando la próxima columna halló que el torneado trozo tenía movimiento sobre sus ejes. Y maquinalmente, hacía girar a compás del vivir cartujo del bendito varón. Y, entonces, el pensamiento, apartándose del libro casi santo, fijóse en la rotación de aquella espiral que fingía horadar el dosel para elevarse a las alturas.

Yo veo a Darío, el pensador, cavilando sobre esa ilusión óptica, para hallar en la columna salomónica que gira, un símbolo de las existencias consagradas al ensueño, que, como espirales sin fin, parecen elevarse a las alturas sin cambiar de sitio, clavadas a estéril superficie.

Ya la «Vie de Saint Brune» yace abierta, texto abajo, junto al corpachón de Darío. La fantasía genial gira y gira más rápida que la columnita, y retrocediendo y adelantándose, busca el origen del fuste salomónico, la intención del inventor, y la basílica donde el poeta vió un bosque de columnas espirales tendientes hacia el cielo como plegarias. Eran ellas perfeccionamientos artísticos de retorcidas ramas de vid, de los troncos de olivo que pintara Pilar, de lianas enroscadas sobre lianas. Y fueron en la mente del poeta la premeditación de un canto a las columnas salomónicas



ENTRADA DE SANTA MARÍA.

que en las naves, claustros y aulas españolas y coloniales viven junto al saber y la tozudez de la estirpe representando convencionalmente la sabiduría del gran monarca israelita.

Y ese imaginar recordó a Darío cierto órgano de feria visto en Montmartre en días alegres, un órgano churrigueresco lleno de notas gangosas, asmáticas, cristalinas y metálicas, y de muñecos que giraban danzando entre columnitas salomónicas tornadizas, pintadas de blanco esmalte y de purpurina dorada.

¡Oh, claros días de París! ¡Oh, mil y una noches del boulevard! Allí la imaginación gira «fuera del tiempo y fuera del espacio», en las verdaderas alturas del genio sin abandonar la mesa donde brilla el ópalo embriagador!

Y la mirada de Darío va hacia el montón de «Le Matin», hacia los diarios repletos de noticias, retratos marciales y crónicas vaporosas que trajó el último vapor.

Aquella vida y otras vidas de ciudades enormes le produjeron ese hastío y ese ansia que él vino a curarse en Valldemosa, buscando la isla de Lulio y Chopin, una de las tierras donde fué posible una cartuja. La mazmorra de Cervantes, la celda de San Bruno: he aquí lo que necesita el inquieto espíritu del poeta, que en el mundo se reuerce para dar frutos copiosos y gratos, pero menudos, como los olivos de Pilar.

Darío se incorpora con la majestad de un príncipe enfermo; sus anchas manos de forjador oprimen aquella frente forjada. Es la vanidad de lo que hizo y la angustia de lo que no ha de hacer nunca, aun sobrándole mente para hacerlo, es la imagen de las enamoradas y de las amadas, el recuerdo de los elogios y de los insultos. Ya las sábanas tienen puntas



MESA DONDE ESCRIBÍA EL POETA.



EL DORMITORIO DE DARÍO.

de agujas invisibles; ya el soñar despierto causa fatiga; ya viene el día y se va la conciencia...

Todo esto no es otra pobre cosa que un imaginar de los imaginarios de Rubén Darío, una atrevidísima fantasía, tal vez una irreverencia.

Mas, siempre me torturó la curiosidad insaciable de saber cómo podía laborar aquel cerebro, cuando no se viese estorbado por la rebelde palabra escrita y por la lenta pluma.

Y ahora, en la hora del aniversario, frente a las fotografías que el lector y admirador de Darío ve aquí, quise hacer una obra que abandono lleno de vergüenza. También el cariño tiene sus ridiculeces. Nos enamoramos de los poetas igual que novias, como novias fuertes y cándidas, y queremos conocer enteramente el alma inmortal de esos hombres grandes y engrandecidos.

Por eso, nada más que por eso, deseé darme cuenta del mundo de concepciones y fantasías que las salas, los parajes y los muebles de esta casa hospitalaria de los Sureda inspiraron a Darío.

Secreto que nadie aclarará, secreto atormentado y alegrado por las visiones de un cerebro poderoso en mística comunicación con algo Todopoderoso, trasnochares que han oído el murmullo de oraciones casi rimadas y fragantes de unción y originalidad.

El genio es un fracaso, porque sus frutos de arte o de ciencia consisten en residuos de una cosecha perdida. Aunque el símil resulte grosero, me atrevo a comparar las mentes geniales con alambiques rotos que dejan evaporarse el perfume destilado, guardando sólo aromáticas borras. Por grandes que me parezcan las concepciones de Darío, siento lástima por el inaudito caudal de ideas desperdiciado en monólogos íntimos, hechos con esencia de palabras vertiginosas y lúcidas.

Un día de hace ya muchos años, llegó Rubén Darío a las soledades floridas de Valldemosa, huyendo y buscando nuevas soledades. Estuvo allí algunas semanas, sin discutir, como de costumbre, ligeramente irónico, como siempre; vistió el hábito de cartujo, releyó la vida del santo, planeando muchísimo y escribiendo poco. La belleza del paisaje, la dulzura del clima y la grata hospitalidad de sus huéspedes artistas le hicieron gran bien.

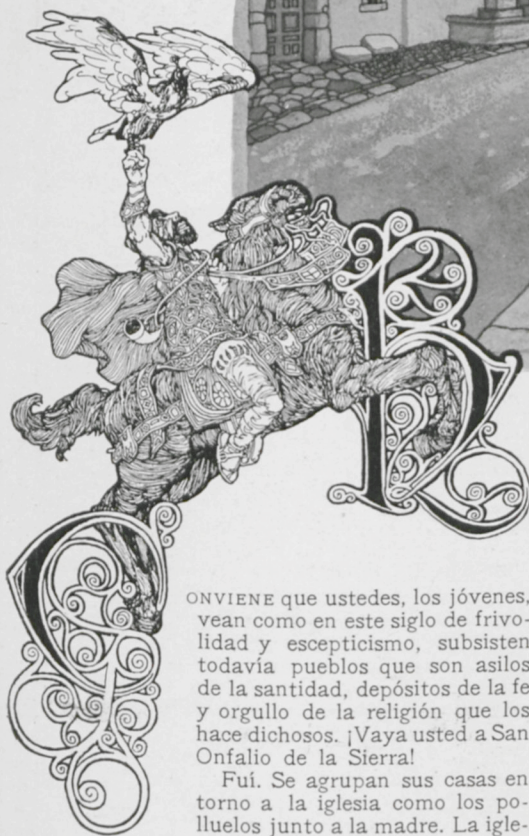
La contemplación de un paraíso pintoresco y tranquilo obraba sanamente sobre aquel ánimo en pena. El ejemplo de los cartujos, artífices de la paz interior, de la cerámica y otras labores celestiales y mundanas era tentador...

Cuando parecía que el maestro lograba hallar el reposo y la disciplina necesarios para hacer la obra enorme, maestra, que de él siempre estuvimos aguardando, Rubén Darío huyó de repente.

Estaba escrito que, tras largo peregrinaje por las soledades del mundo, debía morir en la soledad de León de Nicaragua.



CLAUSTRO SIGLO XVI, DE LA CASA SUREDA.



Historia de un pueblo

CONVIENE que ustedes, los jóvenes, vean como en este siglo de frivolidad y escepticismo, subsisten todavía pueblos que son asilos de la santidad, depósitos de la fe y orgullo de la religión que los hace dichosos. ¡Vaya usted a San Onfalio de la Sierra!

Fuí. Se agrupan sus casas en torno a la iglesia como los polluelos junto a la madre. La iglesia es todo; recia y fuerte, en

tiempos sirvió de fortaleza; desde su torre se atalayaba al enemigo y sus campanas llamaban a la defensa común: en las losas funerarias de su atrio está escrita la historia del pueblo; su pila de bautismo es la cuna espiritual de todos y tales ex votos hablan de los grandes dolores o fortunas que pasaron por San Onfalio.

Llegué en noviembre; se rezaba la novena de las ánimas. El pueblo se arrodillaba acongojado ante un lienzo en el cual hombres desnudos, con la mirada implorante dirigida a lo alto, se retorcián entre llamas. A la oscilante luz de las hachas daba la impresión fantasmal y medrosa que sugiere el «Entierro del conde Orgaz» cuando lo muestran en Toledo al trémulo resplandor de los blandones. El predicador hablaba de muerte y expiación: el pueblo escuchaba contrito. Luego desfilaba en silencio por las calles tortuosas. La gente al entrar en casa decía: ¡Ave María!, al despedirse no faltaba el piadoso «si Dios quiere», el vigilante nocturno añadiendo pavor a la sombra gritaba: «¡Mientras dormís, la muerte vela!» En el arco de entrada de todas las casas campeaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Y no era jansenismo, porque el pueblo trabajaba con honesta alegría; era religión, sencillamente.

Me contaron la historia del pueblo y me expliqué que fuera como era. Lo había fundado, sin querer, un antiquísimo eremita llamado Onfalio. El santo varón, huyendo de la pompa del mundo que en tan grave aprieto suele poner la salvación del alma, se refugió en aquellos, entonces

solitarios riscos; fué inútil, la fama de sus virtudes atrajo a la gente que le pedía consejo. Frente a la cueva que servía más de «in pace» que de habitación a Onfalio, se fundó una hospedería... Y así se creó el pueblo.

La religiosidad, pues, reflexionaba yo, es en San Onfalio de la Sierra, algo tan natural e indestructible como lo que por herencia nos viene, disuelto en la sangre...

—No lo crea usted; la historia es otra y aun a trueque de desilusionarle quiero contársela. Oígame:

«El rey don Sancho xxviii, conocido por Brazo de Hierro por lo duro e infatigable que era en zurrar a la morisma, venía, después de bien comido y bebido, por estos andurriales con objeto de favorecer la digestión con el ejercicio de la cetrería. Montaba un espléndido caballo y en el puño, cubierto por gruesa lica, llevaba, encapirrotado, como es uso, un magnífico halcón. Era casi la sonochada.

De repente apareció una paloma. Lanzó el rey contra ella el ave de presa y la paloma desapareció como por encanto. Mustiamente, como avergonzado volvió el halcón al puño real. Apareció de nuevo la paloma, tornó a hacerse invisible y así una vez más y otra...

El rey, furioso, espoleó su caballo; iba al galope, saltaba las zanjas, rasgaba los jarales; sus cascos arrancaban chispas en la roca... La paloma, fugaz relámpago blanquecino, aparecía y desaparecía en el cielo ya densamente negro.

Los sapos hicieron sonar en la noche apacible sus flautas de cristal; en la arboleda se durmió el viento blandamente y las nubes blancas, iluminadas por la luna, pasaban sobre el cielo límpido como navíos de nácar... Y el rey espoleaba a su caballo y en su puño el halcón, ya

sin caperuza, extendidas las fuertes alas, y quería horadar con su mirada la negrura de la noche en la que, ¡quién sabe por qué misterio!, se ocultaba la paloma.

De pronto el caballo paró en seco. El rey también quedó inmóvil. Pareció que bruto y jinete estaban envueltos en una tupida tela negra: tal era la obscuridad. Se apeó el monarca y a tientas reconoció el lugar: estaba en una cueva; no encontraba la salida... Sintió entonces gran miedo y como el temor es fuente de arrepentimiento, prometió, si salía con bien de la aventura, edificar en aquel sitio una capilla para la santa virgen, concediéndole, entre otros honores, el derecho de asilo.

A la mañana siguiente un alegre son de clarines despertó al rey; lo buscaban las gentes de su corte, pero antes de partir dejó en la cueva una pequeña imagen de la Virgen y rodeó el lugar con unas cadenas que limitaban el espacio dentro del cual los delincuentes, por terribles que fueran, eran inviolables para la justicia de los hombres.

Por aquellos días un bandolero llamado Onfalio cometió un terrible crimen; se amparó en la cueva; cuando, ya libre, la abandonaba, encontró a otro bandido que venía buscando favor. Se unieron; hicieron una choza. Llegaban nuevos criminales y cuando salían hambrientos y rendidos de la cueva, en la choza, a precios carísimos, les proporcionaban lo necesario, mas si alguno llevaba grandes riquezas pagaba con la vida. Una moza les atendió en el cuidado de la casa; pronto la alegre risa de unos niños embelleció el lugar; se hicieron otras casas, se cultivó la tierra...

Esta es la historia: aquí tiene usted el origen de este pueblo santo, fundado por ladrones y asesinos, al amparo de una Virgen que nunca apareció. ¿Es triste?

—¡Tan triste que parece verdad!

—El pueblo no es ni mejor ni peor que cualquiera, pues en las colectividades hay de todo; tan necio sería suponer que por haberlo fundado un santo era de santos como que fuera de bandidos por ser nieto de criminales. Las obras, no la ascendencia, son lo importante...



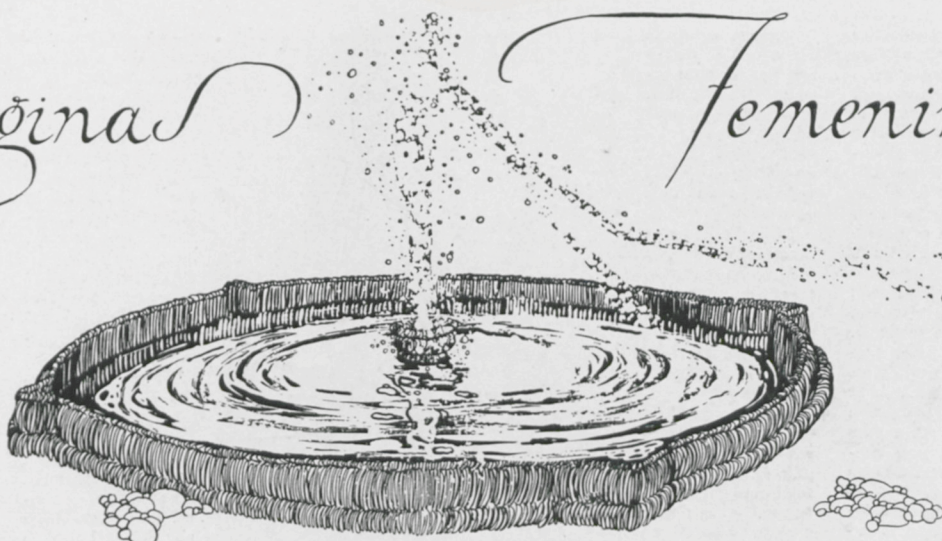


SOBRE LA LOMA

ÓLEO DE PELÁEZ.



Página Femenina



Pocos días hace, amigas y lectoras mías, comentaba con ustedes, en esta misma página, los últimos acontecimientos sociales de gran resonancia; charlamos entonces, de vaporosas galas femeninas, de suntuosas residencias, llenas de vida y animación; vibraban aún en nuestro oído los solemnes, majestuosos compases de las marchas nupciales, y también los arrebataadores acordes de valses y fox-trott.

Cuán distinto es el cuadro que anhela reflejar hoy fielmente para ustedes, haciéndolas participar conmigo de esta sensación de serenidad infinita, que renueva el espíritu, fatigado del vértigo de la vida diaria, de esa vida intensamente agitada que nos envuelve y arrastra en esa populosa cosmópolis, que me he decidido ¡al fin! a abandonar por unos días.

¿Las sorprenderá a ustedes, seguramente, que esta incorregible *Duende* se haya animado a emprender el vuelo como las inquietas golondrinas, habituadas a emigrar de la gran ciudad en busca de nuevos horizontes, ávidas de aire puro, y completa libertad?... Pues sí, amigas mías, me he dejado tentar por mis sobrinos, y héteme aquí, en medio de la paz de los campos... No conocía — debía avergonzarme el confesarlo — la estancia de la que es dueña y señora hace cosa de año y medio, mi rubia Mary, la que llenaba de bullicio y alegría mi pequeño *home*; hoy no es sólo ella, la que me ha atraído hasta aquí; hace algunos meses llegó a esta estancia, en plena provincia de Buenos Aires, el minúsculo personaje de negros ojazos y dorado plumoncillo, que tendría el don de hacerme cruzar penosamente valles y montañas, con tal de poder contemplar su naricita remangada, y escuchar sus primeros gorjeos; así es la vida... Envejecemos, creemos volvernos egoístas, y, sin embargo, hemos de depender siempre de ajena voluntad; y en estos casos, la más infinitamente pequeña, es la que nos dicta las más imperiosas leyes.

Pero no era necesario cruzar penosamente — como los caballeros andantes, o las princesas heroicas — por valles y montañas, para llegar a este establecimiento, propiedad de Jaime, y de cuya importancia y admirable organización puedo darme cuenta recién ahora. Treinta leguas en auto, son, naturalmente, un juguete, para este nuevo sobrino que me ha adoptado y conquistado al mismo tiempo por completo, se lo aseguro a ustedes; él mismo quiso evitarme las molestias del tren, y desde la puerta de mi hotelito, donde quedó sentado *Pushy*, enroscado sobre su cola y muy indignado, al parecer, con la persistente manía de vagabundeo de su ama, — hasta la tupida avenida de eucaliptus que da acceso a *La Mary* no tardamos ni siquiera cuatro horas; cruzamos leguas y leguas a una velocidad de noventa kilómetros por hora, y aunque no dejaba de ma-

rearme un tanto el vértigo que me arrastraba, mi amor propio no me permitía convenir en que los años no pasan impunemente... Por nada de este mundo hubiera confesado a Jaime mi repentino malestar; y el auto hendía el espacio, dejando atrás la tupida fronda de las estancias del camino, sus puestos — dos o tres piezas de material, el pozo legendario, una sarta de chiquillos desgrefiados y tostados por el sol, colgados, como vivos racimos, del cerco que limita sus dominios. La lamentable indolencia criolla se revela en esos puestos, tan próximos aun de la prodigiosa ciudad... El auto sigue su vertiginosa carrera, turbando la plácida tranquilidad de los venteevos, posados en los palos del alambrado, levantando las bandadas de teros que chillan desaforadamente anunciando el paso de ese enorme monstruo gris que cruza crepitando la llanura sin fin... Sólo una cabaña llena de moderna coquetería, con sus techos rojos, sus balcones floridos, cautiva mi atención: es de un inglés, me informa Jaime; y es un verdadero modelo de confort y de elegancia; pero atardece ya, y Jaime apresura aún la marcha, temeroso de que pueda alcanzarnos la noche lejos aun de la estancia.

¡Y aquí me tienen ustedes, definitivamente instalada! He improvisado mi mesa de trabajo, en pleno parque, en un parque que no tiene nada que envidiar, a los más pintorescos puntos de nuestros aristocráticos paseos. Rodean la amplia y vieja casa baja de estilo colonial, con sus corredores, tapizados de florida enredadera, bosquecillos de casuarinas, y *quentías* gigantescas; el incesante parloteo matinal de las cabecitas negras, tijeretas y urracas llena de vida el parque solitario; el acompasado quejido de las palomas torcaces, parece improvisado acompañamiento, para tanta algarabía... Es una hora de tan exquisito encanto, que me parece un imposible, el haber resistido hasta hace tan breves horas el vivir en medio de esa vorágine de ruidos propios a la gran ciudad; ¡es tan grande la serenidad de este ambiente, que no turba ni el vocer de los vendedores de diarios, ni la persistente vibración de campanas y sirenas! ¡Puedo contemplar a lo lejos, las avenidas de acacias y de eucaliptus; se internan bajo la tupida fronda de los sauces avestruces y llamas que obedecen a la voz; sólo limitan el horizonte, las cortinas de álamos, que separan el parque de los potreros en que se selecciona la hacienda por categorías; ¡si supieran ustedes, amigas mías, lo mucho que he aprendido en tan corto plazo! Sospecho que si

al majestuoso Don Patricio, el mayordomo, jefe supremo de los distintos mayordomos y capataces de todas las secciones en que está dividida *La Mary* se le concediera anotar algún dato sobre mi estada, en el prolijo registro de informes que lleva, referente al personal y a los menudos incidentes de la vida diaria de la estancia, habría de consignar en el expediente a mi respecto: «visita curiosa, indiscreta, investigadora, que nos molesta a todas horas...» Curiosa he sido siempre, y esa modalidad es aguada ahora por el interés de cuadros absolutamente nuevos para mí; cuando Jaime anda en alguna de sus jiras acostumbradas — remates o selección de hacienda, ferias en los alrededores — no me queda otra víctima a mi alcance, que el majestuoso Don Patricio.

¡Y hay tanto que ver en el establecimiento! Ya no se trata de *duende* por teatros o salones, ni de describir *toilettes*, joyas y penachos... Acaparan hoy toda mi curiosidad, el gallinero modelo, la conejera, en que los recién nacidos — de raza angora, por supuesto — parecen copos de cisne sobre seda sonrosada... los vastos, interminables galpones que encierran majestuosos ejemplares vacunos que representan un capital de cientos de miles de pesos; la fábrica, en que un poderoso motor muele el grano que ha de alimentar a tan importantes *personajes*; el tambo modelo, que parece reproducir una caja de juguete, alberga como un centenar de vaquitas de *pedigree*: hay que pensar que se necesitan ochocientos litros diarios de leche para el consumo de los majestuosos ejemplares que albergan los galpones.

He llegado, también, en mi fiebre de excursionista, hasta el horno de ladrillos, y me he documentado prolijamente sobre esa curiosa elaboración que era para mí profundo misterio... Luego, he iniciado también nuevas amistades; sólo en el casco de la estancia, se alberga una peonada — criolla en su mayoría — como de cincuenta hombres, y he podido convencerme, después de conversar con ellos, que no hay temor que traspase los lindes de esta cabaña modelo, ningún fermento de violentas imposiciones; muchos estancieros podrían evitar la sombría amenaza si adoptaran para sus establecimientos un reglamento tan equitativo como el que impone a su personal esta administración modelo, haciéndole disfrutar a la vez de un *confort* desconocido, según se asegura, en muchas de las estancias del contorno.

¿Y de qué se ocupa la rubia y encantadora «castellana» — me pre-

guntarán ustedes? Tiene tiempo para todo... Aquella mundana infatigable, aquella criatura gentil, alegre y bulliciosa, dirige también con firme manecita la administración interna, en la que no interviene, por cierto, Jaime; no acapara tampoco todas sus horas la deliciosa criatura — es una nena — que llena la vida de ambos: Mary ha aprendido a no limitar su acción a la sagrada tarea del hogar, porque la mujer dichosa como ella, debe recordar otros deberes, y velar por el bien ajeno... He sido consultada por ella — cesa que me ha encantado — sobre el programa, cuyas bases ha estipulado ya, para una escuela rural; la horroriza, sobre todo, la falta de higiene de los chiquillos que pululan en los alrededores; agua a raudales, será lo que exija a sus primeros protegidos; agua a raudales, que es salud del cuerpo, y también del alma... Luego, ha de inculcarles los conocimientos sencillos, imprescindibles, para que esas criaturas desarrollen una acción honesta y útil en el medio que las corresponde; ¿no creen ustedes, lectoras mías, que Mary ha comprendido su deber? Y será, no lo dudo, la eficaz colaboradora de la obra de su marido... Ellos saben ser generosos y previsores; y así les juzgarán ustedes, por un solo detalle, tan nimio al parecer.

Días pasados, Modesto, el capataz de campo, hizo notar a Jaime, un hecho singular. Una mulita retozona, pero muy arisca con todos los peones, se había *encariñado*, si así puede decirse, con un viejo caballo ciego, que vagaba a su antojo, por uno de los potreros a su cargo; había observado que cuando el pobre matungo tenía sed, relinchaba bajito, llamando a su lazarrillo; ella todo lo abandonaba para venir a su lado, y el pobre inválido apoyaba entonces el sediento hocico, sobre el anca de su generosa amiga, que lo guiaba pacientemente hasta el bebedero; lo mismo se ingeniaba para llevarle hasta donde pudiera encontrar la más tierna alfalfa, sin permitir que ninguno de sus vigorosos compañeros pudiera disputar al pobre ciego el lugar privilegiado... Tal ejemplo de abnegación, que pudiera abochornar a muchos seres conscientes, ha tenido su inmediata recompensa. La generosa mulita ha sido jubilada por la dirección; su única tarea, será de hoy en adelante, el cuidado del pobre ciego, del que no puede percibir la luz radiante que matiza con trazos de oro la llanura infinita, ni el divino fulgor de la primera estrella de la tarde, la que lleva el nombre de la más seductora de las diosas, y la que el ingenuo hablar de los paisanos llama «la boyera» porque el declinar de su brillo señala la hora de llevar la hacienda al pastoreo, y porque a la oración augura su divino fulgor la hora del reposo de todas las faenas...

LA DAMA DUENDE



Desde muy temprano se batían en los alrededores de la plaza San Sulpicio. Al clarear el día, los vecinos, entreabriendo sus ventanas, habían visto pasar por las calles desiertas, batallones de línea que marchaban sin ruido y con las mayores precauciones. Los pantalones rojos formaban una gran ola de púrpura que el acero de las bayonetas coronaba con una espuma brillante. Caminaban en el más absoluto silencio. Los oficiales, espada en mano, iban rozando las paredes, con el oído atento y la mirada escrutadora, como si temieran una emboscada detrás de cada montón de adoquines. Desconfiaban de todo, y con razón, porque la guerra civil no ofrece tregua ni cuartel.

A lo lejos tronaba sordamente el cañón y se oían incesantes descargas de fusilería. Una ancha y espesa columna de humo trazaba caprichosos arabescos en el azul de un bello cielo de mayo. París ardía... Una turba estúpida y desenfrenada incendiaba los monumentos acumulados durante diez siglos; y en aquel momento La Comuna acababa de prender fuego al palacio mismo de La Comuna.

Las campanas no hacían oír su toque funerario, porque las iglesias habían sido cerradas; y esos bronces que sonaban para todas las fiestas no podían ahora asociarse a la agonía de la gran ciudad. En todas partes reinaba un lúgubre silencio, interrumpido sólo por el eco de las descargas. Los rayos del sol, abriéndose paso a través de aquella nube de humo, iluminaban escenas de cruel carnicería, horribles escenas que sólo la historia puede escribir sin temblar, en las páginas de ese libro que no muere nunca!

En una de las barricadas se veía a un muchacho como de quince años, uno de esos pilluelos que el gran poeta ha inmortalizado en Gavroche. Delgado, bajo, con el rostro pálido lleno de pecas, las mejillas hundidas, la frente ancha, grandes ojos azules, vivos y alegres y una cabellera enmarañada del color del trigo maduro. Vestía decentemente y hasta lucía sobre su chaleco de terciopelo listado una gruesa cadena de plata. Empuñaba con entusiasmo un fusil viejo, pero no tenía ni un solo tiro en la cartuchera que llevaba a la cintura. Cerca de él, cinco o seis hombres mal vestidos y de aspecto patibulario hacían fuego sobre los soldados que avanzaban a lo largo de las paredes por la calle Canettes.

En el momento en que aquellos soldados asaltaban la barricada, una mujer del bajo pueblo se dirigía a ella llevando en la mano un jarro de lata lleno de petróleo, en el cual mojaba una escobilla. Los insurrectos huyeron ante el ataque, pero uno de ellos cayó y fué hecho prisionero. La mujer fué tam-

bién rodeada, defendiéndose tenazmente con su escobilla empapada en petróleo, con la cual rociaba a los soldados. — ¡Ah! — exclamó cuando la sujetaron — si ahora tuviera un fósforo, ¡cómo ardería toda esta canalla!

El oficial que mandaba el destacamento, un capitán, joven, de rostro varonil y mirada inteligente, señalando a uno de los costados de la iglesia, gritó con voz dura:

— ¡A la pared!

Los dos prisioneros fueron llevados allí: él, abatido y temblando; ella, altanera y con una sonrisa de desafío en los labios. Se oyó una descarga y los dos infelices cayeron fulminados.

Entonces, el sargento que mandaba el pelotón, se volvió hacia el capitán y llamó su atención sobre el pilluelo que a pocos pasos de allí, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin pestañear, había presenciado la escena, y preguntó qué se hacía con él.

El capitán titubeó. — ¡Uno más!... ¿Por qué no lo habían despachado junto con los otros?... Y su mirada indecisa y triste iba de los cadáveres que yacían al pie del muro sobre un charco de sangre, a aquel adolescente de aspecto travieso. — ¡Todavía uno!... ¿Cuándo acabaría esta ingrata tarea?... Por último llamó al muchacho y comenzó a interrogarlo nerviosamente:

— ¿Tu nombre?
— Julio Ballard.
— ¿Qué edad tienes?
— Catorce años y medio.
— ¿Tú estabas con esos hombres?
— Sí, señor.
— ¿Por qué?
— Porque...
— ¿Tienes padre?
— Los prusianos lo mataron en Champigny; yo soy el menor... a mi hermano mayor también lo mataron los prusianos, en Buzenval...
— ¿Dónde has robado esa cadena?
— ¡Robado! — exclamó el pilluelo haciendo un gesto de indignación, — ¿por quién me toma usted? La he comprado... es mía...



TRADUCCIÓN DE LA SEÑORA RIMINA P. DE MEZQUITA

Este es el resultado de querer ser hombre cuando todavía no se tiene un pelo en la cara. En fin, ¡qué le hemos de hacer!... Pero... usted, mi capitán, me parece que es muy bueno y si yo me atreviera a pedirle...

— ¿Qué? Habla.
— Pues bien; mi madre vive en la calle Princesse, número 17... Aquí está mi reloj y mi dinero... Mándele todo esto a mi madre, capitán; mándeselo, ¡por favor! Es pobre, no tiene a nadie más que yo en el mundo... ¡Ah! Cómo hubiera deseado abrazarla antes de...

Esta vez el muchacho no pudo contener un sollozo y una lágrima asomó a sus ojos. — ¡Anda a abrazar a tu madre, tunante! — exclamó el oficial, cediendo a un impulso de su corazón.

En el primer momento el muchacho no comprendió o creyó que se burlaban de él, y continuó inmóvil, estrujando su gorra entre los dedos y mirando con desconfianza al capitán. Pero luego, empezó a darse cuenta de que aquello era en serio y haciendo un esfuerzo para hablar, preguntó:

— ¿De veras?... ¿No es una broma?... ¿Usted me permite que vaya a abrazar a mi vieja y que le lleve el reloj y el dinero?... ¡Ah! ¡Qué felicidad!... Bueno, voy y vuelvo. Mi palabra de honor que estaré de vuelta antes de media hora... Pero quiero saber

yo trabajo... o mejor, trabajaba con un encuadernador, ganaba dos francos y medio por día y sostengo, es decir, sostenía a mi pobre vieja... Yo no he muerto a nadie. Oía decir que ustedes querían echar abajo la República... Yo no sé lo que es; pero, ¿por qué no dejan tranquilo al pueblo? ¿Por qué me han asesinado a mi padre y a mi hermano?...

El capitán se sentía conmovido. El muchacho continuó con vehemencia:

— Usted me va a hacer fusilar como a los otros, ¿no es cierto? ¡Bien hecho! Yo no debía haberme metido en estas cosas que no entiendo... Recogí ese fusil y esa cartuchera vacía ni sé en dónde...

su nombre, capitán, para decírselo a mi madre y para presentarme a usted cuando vuelva para que me fusilen... Dígame su nombre, capitán, se lo pido...

— El capitán Frémont, — contestó el oficial sonriendo.

El muchacho le tomó una mano, se la besó y echó a correr.

El capitán Frémont debía esperar allí órdenes de su jefe. Mientras tanto, hizo acampar a sus hombres, les distribuyó aguariente y les mandó descansar. Luego, fué a sentarse en un banco allí cerca y encendió un cigarrillo.

A la media hora precisa, Julio Ballard, con los ojos enrojecidos, pero caminando tranquilamente, con las manos en los bolsillos, llegó por la calle Canettes y se presentó al capitán.

— ¿Qué quieres tú aquí? — le preguntó éste, entre admirado y enojado.

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que quiero?... ¿Ya no me recuerda usted?... Julio Ballard... Le di mi palabra de honor de volver después de abrazar a mi madre, y aquí estoy para...

Y con el dedo señalaba a la pared de piedra a cuyo pie yacían los cadáveres de sus dos compañeros.

— ¿Y qué dice tu madre? — le preguntó el capitán lleno de admiración ante tanto valor y buena fe.

— ¡No dice nada... llora!... No pudiendo ya contenerse, el capitán se levantó, lo tomó de un brazo y sacudiéndolo con fingida cólera, exclamó:

— ¡Quieres mandarte mudar de aquí inmediatamente, grandísimo bribón!

Hace unos días, en el casamiento del capitán marqués de Frémont con lady Eleonora Brompton, se notaba entre la distinguida concurrencia que llenaba las naves de la iglesia de la Magdalena, un hombre joven, vestido como un obrero endomingado. Cuando terminó la ceremonia y todos se dirigieron a la sacristía, él se mezcló al cortejo y saludó a los recién casados:

— Mi coronel, hoy no me dirá usted que me mande mudar. Permítame que le ofrezca mi regalo de bodas. Su generosidad ha hecho de mí un buen hombre; mi madre le está muy agradecida.

El capitán trataba en vano de recordar aquella fisonomía. La joven marquesa abrió el estuche y encontró en él un precioso libro de oraciones, manuscrito sobre pergamino, admirablemente encuadernado en piel de víbora y con esta inscripción, en letras de oro, en la tapa:

« Julio Ballard a su salvador, 1871. »



Ofrecemos a nuestras lectoras un artículo de la presidenta del «Consejo Nacional de Mujeres», de Francia. Esta importante federación está formada por ciento dos sociedades, que se ocupan de la suerte de las mujeres y los niños, permitiéndoles conocerse y ayudarse mutuamente; que dirigidas por el talento y el prestigio de su presidenta, no tuvieron otro afán, desde el principio de las hostilidades, que aliviar las miserias inmediatas causadas por la lucha sangrienta sin precedentes. No necesitaron un llamamiento especial, todas se agruparon espontáneamente para ayudar a los que tan heroicamente defendieron el glorioso suelo francés.

NADA DE PAZ APRESURADA

Se dice que de varios puntos se inician movimientos pacifistas y que las mujeres los organizan y toman una parte activa en ellos. Esto es muy posible. Las mujeres francesas, que siempre han causado la admiración del mundo por su amor a la patria y el culto sagrado del deber, ¿qué quieren? Una paz

apresurada, de consiguiente una paz alemana. Esto no es admisible.

En nombre de los que han caído, en nombre de los que luchan, o permanecen testigos mutilados del gigantesco esfuerzo por la libertad futura de la humanidad, todas las mujeres francesas, acallando sus angustias y sus desgarramientos, deben repetir todos los días: «Hasta el final».

En 1864, Lincoln, en el momento más sombrío, más doloroso de la guerra contra la esclavitud, recibió una delegación francesa, que le ofreció su intervención para una paz sin victoria. Sin vacilar, el presidente respondió: «Nosotros hemos sufrido esta guerra, la hemos aceptado, combatimos hacia un fin y por una causa que es vital en el mundo entero, y ante Dios esta guerra no terminará hasta que este fin no haya sido alcanzado.»

Francesas: Unidas a todos los franceses, repitamos estas nobles palabras. Es la humanidad que marcha la que parece hablar después de un medio siglo por boca del presidente Lincoln, este grande y venerado patriota.

Que la retaguardia sea digna del frente. A nuestra manera, seamos como soldados siempre en su puesto. Guardianas del hogar, dedicadas a la vida sencilla, seamos por todas partes y siempre las sembradoras de valor, a fin de que más tarde nuestros hijos conserven de nosotros en estos días inolvidables un recuerdo luminoso de fuerza y de ternura.

« Cuando yo tengo un pensamiento de represión, — decía una noble mujer, — me parece que fusilo por la espalda a nuestros soldados » — palabras fuertes para retener y meditar. Avancemos así hacia la hora definitiva y sagrada de la victoria y de la paz, la paz magnífica comprada al precio de tantas vidas dignas del sacrificio sublime ofre-

cido conscientemente a la patria y a la humanidad.

« Yo quiero volver al frente, — me decía un joven paisano, convaleciente de una reciente herida; — lo quiero para que los niños no tengan que ir después de nosotros. »

Mujeres francesas: ¡Qué glorioso fin! ¡Ah! ciertamente el camino es largo y duro, y algunos peregrinos fatigados, vacilantes se detienen aquí y allá y querían hacer alto. ¡Ah! ¡Qué se guarden bien de ello! Que su debilidad estimule nuestra fuerza y que nuestra actitud inquebrantable en la justicia de nuestra causa común nos haga colaboradoras de la mejor paz, la que nos traerá, no lo dudemos, la paz verdadera. ¡Ah, cómo aspiramos a ella!

Hay un proverbio que dice: «Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere». Cuando nuestro deseo haya llegado a ser una esperanza viviente, entonces se nos verá querer.

En el silencio de su corazón oprimido por la angustia, en el trabajo de la compasión, en las rudas labores impuestas a su debilidad por la patria en peligro, la mujer ha guardado silencio noblemente, pues era necesario que a su manera y al lado del hombre ella trabajara para la victoria; pero cuando el alba nueva se levante fuerte con la experiencia y con las grandes lecciones del dolor, madre y compañera del hombre a la vez, las que han guardado silencio hablarán, sus voces subirán entre todas las naciones para llamar a la humanidad a una paz universal. Su llamado será oído al fin, y la palabra de un viejo profeta se realizará: «No tendrás más hijos para verlos perecer por el hacha y por la espada».

JULIA SIEGFRIED.

Presidenta del «Consejo Nacional de Mujeres», de Francia.

LOS DERECHOS DE LA MUJER

Presidido por una distinguida intelectual, un grupo de mujeres argentinas ha emprendido la campaña por los derechos de la mujer.

Deseamos que el mejor de los éxitos corone este esfuerzo de buena voluntad, siguiendo el ejemplo de las mujeres europeas y norteamericanas.

LO QUE QUEREMOS

Que el Poder Legislativo derogue toda ley que no se ajuste a la equidad, y haga desaparecer de los Códigos todo artículo que establezca una diferencia de legislación entre ambos sexos y en contra de la mujer, para que ésta deje de ser la INCAPAZ que es hoy ante la ley, y recobre todos los derechos que corresponden a un ser humano consciente y responsable;

Que se dé cabida a la mujer en los puestos directivos de los Consejos Nacional y Seccionales de Educación;

Que igualmente tenga un sitio en los Tribunales, especialmente para causas de menores abandonados y delinquentes, y para mujeres;

Que se dicten leyes que protejan la MATERNIDAD y permitan la investigación de la PATERNIDAD, de modo que todo hijo, legítimo o no, viva una vida plena y goce de igual protección de sus progenitores, e igual respeto social;

Que a igualdad de trabajo sea concedido igual salario, sin distinción de sexos.

Queremos TODOS LOS DERECHOS POLÍTICOS, debiendo ser tanto electoras como elegidas.

ELVIRA RAWSON DE DELLEPIANE.

TIERRAS ISTRIANAS



PARENZO. INTERIOR DE LA BASÍLICA. SIGLO VI.



La ciudad de Pola que sirvió de base naval a Austria, fué asediada durante siglos por los bárbaros, y sus defensas se vieron teñidas de sangre. Al conquistarla, recibió, en unión de las comarcas vecinas, diversos nombres, cambiando los nuevos habitantes la denominación de las tierras y de los ríos. Únicamente sus bellezas naturales no cambiaron jamás. Elevados montes la rodean, famosos ya en los anales romanos; aun existe un punto denominado *Sasso di Dante*, donde cierta vez el gran poeta italiano se detuvo, en un convento de benedictinos; a la magnificencia del paisaje únense los recuerdos de las grandes glorias itálicas.

Ya los poetas griegos celebraron sus ríos y sus majestuosas moles alpinas. Seiscientos años antes de Cristo algunas tribus galo-célticas se establecieron en aquellas tierras, hasta que Roma llevó allí su dominación. En el Isonzo, Teodorico venció a Odoacre. Larga lista de nombres de reyes y guerreros figura en los anales de la región que tantas veces cambió de dueño.

El tratado de Campoformido la puso bajo el poder de Austria; luego vinieron los de Presburgo, Fontainebleau, Schönbrunn, París y Viena. Istria sufrió distintas dominaciones y, por último, fué considerada austriaca definitivamente. ¿Cuál será su suerte en el futuro?

Pola, en la punta extrema de la península istriana, fué en una época la sucursal de Ravena; desde la isla de Cisso era conducida a ella la púrpura de la célebre tintorería. De su puerto salían las más preciadas mercancías. La naturaleza la prodigó toda suerte de dones; los olivos la enriquecían; la vid producía el vino delicia de los emperadores romanos.

El arte contribuyó a hermosarla. Entre sus monumentos se destacan la Arena que tanto recuerda al Coliseo y el templo de Augusto, joya arquitectónica de inapreciable valor. El Arco de los Sergios es también una reliquia artística salvada de la sistemática destrucción de los bárbaros.

Pola dió más de un dux a Venecia; le prestó ayuda con las armas, y resistió a la infiltración extranjera. Algunos de los que ambicionaban su conquista tropezaron con la muralla de hierro que formaban los nobles istrianos, quienes herían a sus feroces enemigos con el mismo cuchillo que les serviera para sacrificar las reses de sus festines.

Hace poco el nombre de Pola figuró en la crónica de la guerra. Fresco está el recuerdo de lo ocurrido allí, en la mente de todos. No necesitaba, por cierto, de esta actualidad para que sus magníficos monumentos figurasen en una publicación como *PLVS VLTRA*, esencialmente artística. — CORRESPONSAL.



POLA. TEMPLO DE AUGUSTO. AÑO 19 A. DE C.



CAPO D'ISTRIA. PALACIO COMUNAL DEL SIGLO XV.





En voz baja...

Así, junto al oído,
— pabellón semioculto en las guedejas
de tus blondos cabellos, —
te diré mi pensar serenamente,
sin rebuscar la frase.
Frente a frente,
están tu alma y la mía...
Así, sólo los dos... Las oraciones
se dicen en voz baja,
y yo, mientras te miro, no podría
decirte del querer ni de mis ansias,
sino muy quedamente...
Es oración de amor... Escucha amada:
digámosla muy juntos,
tú mirando mis ojos, yo los tuyos.
Que nada nos distraiga del ensueño
de nuestras manos juntas;
de tus ojos, mirando adormecidos,
mientras tu cabecita da mil vueltas
en la rueda de todos los ideales.

Es la oración de amor... Música

y ritmo, de la eterna plegaria,
eternamente repetida y siempre
con la vulgar palabra a flor de labio...
Vieja y gastada en los que ya soñaron,
pero nueva y vibrante en los que llevan
la palabra de ideal como un escudo...

Es la vieja plegaria la que digo,
junto a tu oído, amada,
así, tan quedamente...

Aunemos el pensar en esta tarde,
bajo toda la fronda de este parque
que parece quedarse adormecido
en un magno gestar de confidencias.
¡Oh, si hablaran también! ¡Si ellos pudieran
decirnos de otras cuitas y queres
que deben saber hondos!...

Ven, amada:
yo te sabré decir lo que ellos saben
sin rebuscar la frase... Tengo el alma
llena de embriagadoras fantasías...

Rodolfo Fausto Rodríguez

DIBUJO
DE
ALVAREZ.



GOOD YEAR



**Por su alta calidad y por
la belleza que le da al auto**

GOODYEAR es el neumático que se impone en todo
coche de lujo. Además de rendir un kilome raje extra-
ordinario, da al auto un confort ideal.

Exija a su proveedor GOODYEAR y no otro.

THE GOODYEAR TIRE & RUBBER Co. OF SOUTH AMERICA
ESMERALDA, 601, ESQUINA TUCUMAN. - BUENOS AIRES



En Cinco Minutos se Puede Desprender El Carbón del Motor

Así evitará Ud. 80% de las molestias causadas por el motor. El ruido, uso excesivo de combustible, falta de fuerza; todo puede eliminarse con una aplicación del

DESPRENDEDOR DE CARBON JOHNSON

Esta aplicación es muy sencilla. No hay necesidad de pulir ni quemar. Simplemente hay que poner una onza del Desprender en cada cilindro por la abertura de la bujía de chispa, donde se dejará de 30 á 45 minutos. No importa la acumulación de carbón que haya, el Desprender Johnson penetra y reblandece el carbón—entonces el calor del motor lo quema y pulveriza, haciéndolo salir por el tubo de escape cuando el coche está en movimiento.



El Desprender de Carbón Johnson Es Absolutamente Seguro

No importa cuánto se use o de que manera se aplique, no puede perjudicar ninguna parte del motor. No dañará la lubricación ni el aceite en la caja de arranque. Disminuya Ud. la acumulación del carbón agregando cuatro onzas del Desprender Johnson a cada 10 galones de gasolina.

Se garantiza que el Desprender de Carbón Johnson no contiene ácidos o sustancias químicas perjudiciales.

Pruebe Ud. este Desprender y quedará convencido de sus resultados sorprendentes.

S. C. JOHNSON & SON
Racine, Wisconsin, E. U. A.

YANKEE SPECIALTIES AGENCY
RIVADAVIA, 1255 - BUENOS AIRES

FEMINISMO NORTEAMERICANO



Ahora es necesario dar de baja definitivamente a las teorías y argumentaciones de los innumerables adversarios del feminismo. Prácticamente, andando, como el filósofo griego demostraba el movimiento, es decir, andando, las mujeres supieron demostrar que todas aquellas medidas craneanas y todos aquellos distingos fisiológicos eran pura invención.

Brillante y decisivo resultó el triunfo e inútil sería insistir en pregonarle; mas aun existen representantes del sexo feo empeñados en discutirle. Así, cuanto se hable de la colaboración femenina durante la guerra y de la que la mujer prestará en lo futuro, es poco para convencer a los recalcitrantes.

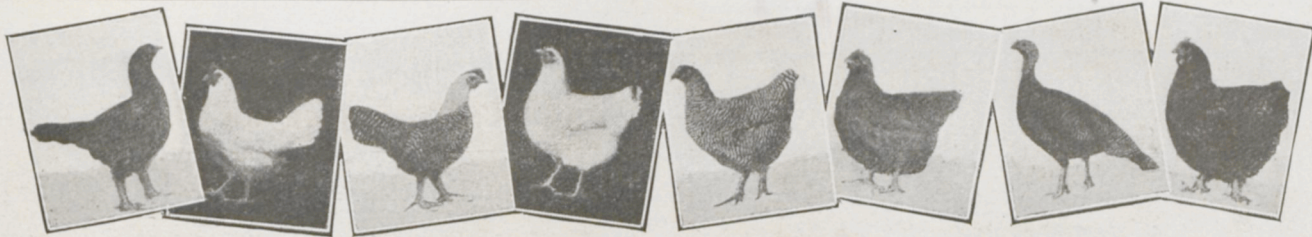
Las mujeres norteamericanas consiguieron fundar instituciones improvisadas, de urgencia, que a los hombres les habrían costado largos años de tentativas y fracasos.

Una de las más admirables, es el Ejército Nacional de Mujeres, donde se enrolaron millares y millares de damas, señoritas y obreras. Gracias a verdaderos prodigios de organización, hubo en seguida dinero, material y todo lo que el ejército necesitaba. Nadie recuerda una explosión parecida de entusiasmo público y de pericia.

Pronto el ejército inició sus servicios auxiliares que tanta importancia han tenido en la participación bélica de la gran república.

Además de eso, el entusiasmo feminista sirvió para formar una atmósfera de energía que reemplazaba el entusiasmo varonil. Fué un ejemplo que se tradujo en el mayor incremento de la presentación de voluntarios.

Las heroínas del Ejército Nacional de Mujeres son su presidenta Mrs. Irving Pratt, y la vice Mrs. Pierson Hamilton, que trabajaron sin descanso para conseguir tan hermoso resultado.



"EXCELSIOR"

EL CRIADERO MÁS IMPORTANTE Y MODERNO EN LA REPÚBLICA. 30 AÑOS ESTABLECIDO. 100 VARIEDADES BAJO CULTIVO. ÚNICO EN SU RAMO. SUS PRODUCTOS NO CONCURREN A PREMIOS EN LAS EXPOSICIONES. IMPORTACIÓN, PRODUCCIÓN Y EXPORTACIÓN EN AVES DE RAZA PURA, HUEVOS PARA EMPOLLAR, INCUBADORAS MODERNAS A CORRIENTE ELÉCTRICA O A LÁMPARA DE KEROSENE. IMPLEMENTOS DE AVICULTURA EN GENERAL. COLMENAS, SECADORAS DE FRUTAS. MÁQUINAS DE PELAR. MÁQUINAS APARATOS Y ÚTILES PARA LA FABRICACIÓN DE QUESO Y MANTECA. CUAJO Y COLORANTE.

Exposición y Venta: CALLE BELGRANO, 499 - Buenos Aires

GARANTIA: SE DEVUELVE EL DINERO, SI EL ARTÍCULO COMPRADO NO ES BUENO.

— REMITA SELLOS PARA FRANQUEO DEL CATÁLOGO.



Las damas de distinción
prefieren
Agua de Colonia Añeja

Yardley

por su genuino y delicioso perfume.
El mejor, sin costar más caro

VENTA EN PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y TIENDAS
Y EN MAR DEL PLATA: LUTZ, FERRANDO Y Cía.,
RAMBLA, 117. CASA TROTTA, RAMBLA, 150.

YARDLEY (Est. 1770) 8, New Bond Street, LONDON

AGENTES EXCLUSIVOS:

PAUL J. CHRISTOPH COMPANY
166, LIBERTAD, 172 - BUENOS AIRES



AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA AL CALOR Y AL FRÍO

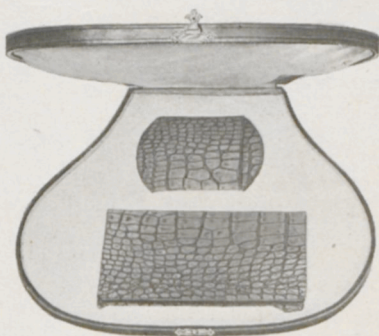


SE VENDE EN LAS
PRINCIPALES CASAS
DEL RAMO.

Por intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es este: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de cel-dillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.



FABRICA DE
CARTERAS **E. BISH**



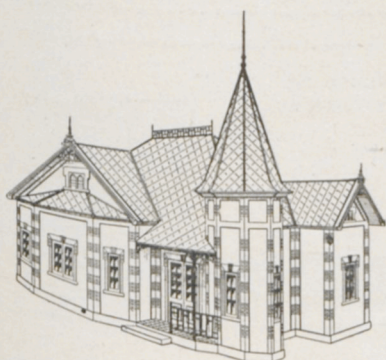
Casa especial en marroquinería
fina. Se hacen toda clase de
encargos.

ESMERALDA, 81.

Unión Telefónica, 1470, Avenida.

Mampostería en cemento armado SISTEMA "CHACON"

LA CONSTRUCCION IDEAL PARA LA CAMPAÑA



Construimos casas, chalets, colegios, etc., con nuestro sistema **CHACON**, en cualquier punto de la República. Tenemos existencia de materiales modernos para construcción de pizarras de asbesto-cemento **ROCALLA** para techos, paños asfaltados, pintura **PRIX** roja para techos de cinc, tranqueras, etc.

FIDAN CATÁLOGOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537 - U. TELEF. 5448, LIB.

Plumas Esterbrook



Pida a su librero plumas de esta marca y experimente el placer de escribir con una pluma perfecta.

Seis estilos populares son:
N.º 048, «Falcón». N.º 313, «Probate»
N.º 314, «Relief». N.º 501, «Penesco»
N.º 14, «Banks». N.º 502, «Penesco».

M O D A S



MODELO DE LA MAISON MARGUERITE Y LEONIE, FORMA TRICORNIO, TODO EN TERCIOPELO NEGRO, ADOBNADO CON APLICACIONES DE PLUMA DE AVESTRUZ.



MODELO DE LA MAISON GEORGETTE, TODO EN FELPA CHAPELIER NEGRA, ADOBNADO DE GRAN COUTEAU DE AVESTRUZ DEL MISMO COLOR.



MODELO DE LA MAISON JEANNE BLANCHOT, EN TERCIOPELO, TÊTE DE NÈGRE, ADOBNADO DE BANDEAU FANTASÍA IMITANDO PIEL.



MODELO DE LA MAISON LEWIS, TODO EN FELPA CHAPELIER MARRÓN, REBORDE Y BAJO DE ALA DE SKUNGS Y CHARRETIÈRE DE LA MISMA FELPA.



PUBLICACIÓN MENSUAL
ILUSTRADA

PLVS VLTRA

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— ^{m/2}
Semestre (6 ").....	" 6.— "
Año (12 ").....	" 11.— "
Número suelto.....	" 1.— "

SUPLEMENTO DE
CARAS Y CARETAS

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	" 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.





¿Toma usted baños de mar?

Si se baña usted en el mar, habrá notado, seguramente, la necesidad de "tomar algo" fortificante o estimulante después del baño.

En especial, cuando se trata de personas que no son muy robustas, esta necesidad se hace sentir con tanta fuerza que, en ocasiones, hasta llega a producir mareos.

Pues bien; si en vez de vinos, masas u otros comestibles toma usted, después del baño, una o dos cucharadas de

IPERBIOTINA MALESCI

observará que, no solamente se multiplican los efectos saludables del agua del mar, si no que además su cuerpo todo cobrará nuevo vigor y mayor agilidad. Los nervios se fortalecerán y la sangre se volverá pura y rica en glóbulos rojos.

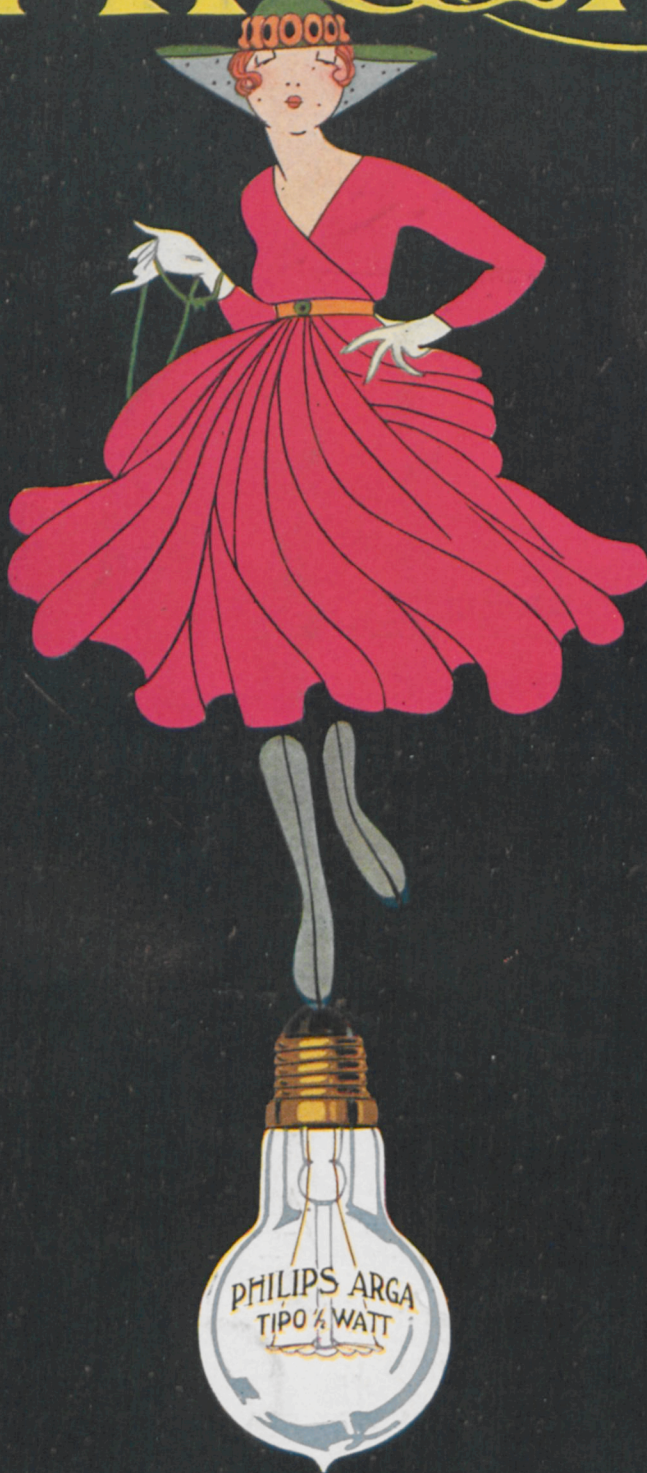
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci-Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

ÚNICO CONCESIONARIO - IMPORTADOR PARA SUD Y CENTRO AMÉRICA:

M. C. de MONACO - VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

PHILIPS ARGA



LA MEJOR LAMPARA

SE VENDE EN TODAS PARTES

FABRICANTES:

PHILIPS' LIMITED, EINDHOVEN (Holanda)

UNICOS AGENTES:

BOSCO, VILA & MARZONI - BUENOS AIRES



mm



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	4.5	4.0
2.5	3.6	3.2
2.8	3.2	